

Louis de Wohl

Adán, Eva y el mono

La fe y los «signos de los tiempos» cara a cara

EDICIONES PALABRA

Madrid

© Louis de Wohl - 1984 © Ediciones Palabra, S.A. 1984 Alcalá, 55 - 28014-Madrid

La versión original de este libro apareció en Walter-Verlag Olten und Freiburg in Breisgan con el título: ADAN, EVA

UND DER AFFE Glaube und Zeitgeist in Widerstreit.

Traducción: Carmen Shàd de Caneda

Con licencia eclesiástica

ISBN: 84-7118-401-X Depósito legal: M. 41.904-1984



Versión Electrónica formato PDF por Morgan Software © 2012

ADÁN, EVA Y EL MONO

No hace tanto tiempo que la ciencia descubrió triunfalmente que el hombre desciende del mono. ¡Qué alivio! Gracias a Dios (si existe), el hombre no era pues ningún ser especial, ni el rey de la Creación, sino un mono encumbrado. Adán y Eva eran personajes de un cuento de hadas judío, y jamás había existido la Creación. El slogan del siglo era: evolución. Llenos de júbilo alabamos agradecidos a la ciencia que nos había liberado de la idea insoportable de nuestra semejanza con Dios, garantizándonos genealógicamente la semejanza con el mono. La ciencia había reconocido nuestro verdadero valor y nuestra verdadera dignidad. Sólo los beatos retrógrados y supersticiosos continuaban creyendo en las viejas ideas degradantes de la humanidad. Para el espíritu ilustrado se había desenmascarado a la Biblia, había sido destruida, no era más que un cuento infantil. Y hay que reconocer que desde entonces también nos hemos comportado como cinocéfalos en el terreno moral, político y en cualquier otro terreno.

El hecho de que la teoría de la evolución jamás fuese demostrada en este sentido, por lo menos en cuanto a la aparición del hombre, no enturbiaba nuestra satisfacción. No se había hallado el «eslabón perdido» y —como comprobó Chesterson— lo único que sabíamos sobre el eslabón perdido es que seguía perdido. Pero ¿qué importaba esto? Más pronto o más tarde se encontraría esa cosa intermedia entre el mono y el hombre.

Y entonces sucedió lo más increíble: el 1º de agosto de 1958 unos mineros encontraron a unos 200 metros de

profundidad, bajo las colinas de Maremma, en el centro de Italia, un esqueleto que ha sido identificado por el profesor Hörzeler, del museo de Ciencias Naturales y Etnológicas de Basilea, como el del ser más antiguo parecido al hombre. Tiene de diez a once millones de años.

Hasta ahora la ciencia nos había anunciado que el mono no había evolucionado a hombre hasta hace aproximadamente un millón de años. Ahora resulta que somos tan viejos como los monos y posiblemente incluso más viejos. Quizás oigamos dentro de poco que los monos son hombres degradados. No resultaría extraño, si se tiene en cuenta que acaban de incluir en una exposición de arte varias «obras pictóricas» de un chimpancé.

Tenemos que admitir por lo tanto que el mono, en el mejor de los casos, es tan solo nuestro pariente lejano, pero de ningún modo nuestro antepasado. Adán no fue un gorila. Eva no fue una chimpancé. Y cuando nos portamos como monos no podemos alegar con orgullo que así honramos la memoria de nuestros antepasados. No era la Biblia la equivocada, sino la ciencia.

Ya en los primeros siglos del cristianismo, los doctores de la Iglesia sabían qué partes importantes de la Biblia tienen un sentido simbólico; el primero que habla de esto es el apóstol San Pablo. Y por lo que respecta a la cronología de la Biblia, sabemos hace tiempo que no siempre debe tomarse «al pie de la letra». ¿Un ejemplo de ello?: se señala a Jesús con frecuencia como hijo de David. Sin embargo David vivió más de setecientos años antes de Cristo y fue su ...antepasado. «Hijo» significa en la Biblia «descendiente de».

Por lo demás, la teoría de la evolución bien entendida — hay que aceptarla dentro de ciertos límites— no es ninguna prueba contra la acción creadora de Dios. Evolución no es otra cosa que creación «a largo plazo». Y este plazo sólo es largo

para nosotros los pigmeos de lo temporal, pero no para Dios, que vive fuera de todo lo temporal.

¿TIENE USTED ALMA?

—Hasta el 23 de septiembre de 1916, aproximadamente a las cuatro y media de la tarde, yo no creía que el hombre tuviese alma, declaró mi viejo amigo el coronel M. —desde entonces no sólo lo creo, sino que lo sé.

—Y ¿qué es lo que ha cambiado tan radicalmente su convicción?

—Estaba en la trinchera junto a mi amigo el capitán S., una de las personas más inteligentes y cultas que jamás he conocido. Conversamos y él hizo algunas observaciones extraordinariamente ingeniosas sobre literatura oriental, tema que le interesaba mucho. Hafiz, Ornar. Ya sabe usted. Seguidamente recitó algunos versos de un poema de Hafiz y de repente llegó el silbido y el impacto. Yo estaba ileso. El estaba muerto. Pero lo que yacía muerto ante mí no era él, era un cuerpo inmóvil, una envoltura vacía, una miserable nada. Su ciencia, su espíritu, su encanto, todo se había esfumado. Entonces comprendí claramente que él, lo auténtico y esencial de él, se había separado de aquella envoltura. ¿Por qué sonrío usted?

—Porque su experiencia coincide totalmente con la enseñanza de uno de los más grandes filósofos de hace más de mil quinientos años: San Agustín. Uno de sus discípulos le preguntó en una ocasión: ¿Cómo puedo saber que tengo alma? ¿Qué es el alma en definitiva? San Agustín le preguntó a su vez: ¿Eres idéntico a tu cadáver? El tiene tu pelo, tus facciones, todos tus órganos. ¿Pero eres idéntico a él? No, no, reconoció su discípulo. San Agustín asintió... Pues no tienes más que restar tu cadáver de tu persona y lo que queda es el alma.

Claro que una experiencia directa como la del coronel M. es mucho más impresionante que la enseñanza de un sabio, por muy grande que sea.

El materialista niega la existencia del alma, no tiene otro remedio, si no quiere tirar por la borda toda su ideología. Pero ¿de qué forma la niega? Con el entendimiento. El entendimiento es para él un efecto complejo de impulsos eléctricos sobre los ganglios de algunas partes del cerebro humano. Pero ¿quién o qué pone en marcha esos impulsos y precisamente en esa dirección determinada? ¿Qué es lo que en su cerebro saca la conclusión de que una cosa «es correcta» y otra cosa «es falsa»?

El materialista cree en el piano. Pero no cree en el pianista.

CONTINUAR VIVIENDO DESPUÉS DE LA MUERTE

Intentemos discurrir con lógica sobre el asunto. El hombre no es idéntico a su propio cadáver. Y lo que le falta al cadáver es lo que constituye el verdadero hombre. En primer lugar falta... la vida. Pero ya un hombre inconsciente o dormido está «incompleto». Es cierto que continúa respirando, que continúa ejerciendo sus funciones digestivas y que su sangre sigue circulando. Pero no tiene «conciencia» o por lo menos no está totalmente «en sí».

El hombre tiene funciones que van más allá del simple hecho de estar con vida, y entre ellas hay algunas para las que no existen formulas químicas o físicas, porque no son de naturaleza química o física. Es decir, el hombre no está formado sólo por materia, sino también de algo diferente. Y a esta cosa diferente la llamamos alma.

Pero como este concepto se halla ligado en el uso del idioma a muchas implicaciones con las que no queremos enfrentarnos, o por lo menos de momento no (como, por ejemplo, «inmortalidad», «chispa divina» o con conceptos psicoanalíticos), nos limitaremos de momento a designar la parte material del hombre con A y a la no material con B.

Un hombre muere. Su parte material, la A, comienza a desintegrarse. A es un compuesto que ahora se desintegra, es decir, se produce una descomposición. Pero esto no significa la anulación de A. Por el contrario, A se convierte en toda clase de cosas diferentes: tierra, polvo, gases..., es una transformación, no una destrucción. A ya no es un cuerpo humano, pero continúa existiendo. B, sin embargo, no es un compuesto, por lo tanto, no está sometido a descomposición. Continúa siendo B, sólo que ya no puede utilizar a A. B es el pianista, que ya no tiene piano. No puedo tocar ya ninguna sonata, ni siquiera una escala. Pero todavía está ahí, íntegro. Y como B —entre otras cosas— era el elemento vitalizador de A, puede decirse con bastante justificación que... vive. Es decir, que lo material del hombre continúa existiendo en formas diferentes, y lo no material continúa existiendo como hasta ahora.

Contemplado, pues, en pura lógica, existe por tanto una continuación de la vida después de la muerte. ¿En qué forma se produce, cómo sucede? Esto ya es otra cuestión. Mucha gente acostumbra a decir: «De eso no sabemos nada. Todavía no ha regresado nadie de allá». Sin embargo otros saben que Uno por lo menos ha regresado... Nuestro calendario se rige por Su nacimiento.

¿ES USTED PAGANO?

¿Es usted pagano? Por favor no se excite. Sólo estoy preguntando. Claro que quizás la respuesta no resulte tan sencilla como usted cree. Al oír la palabra pagano, pensamos generalmente en las tribus salvajes todavía existentes en África Central, en los indios del Gran Chaco de América del Sur, todavía sin explorar, o en los cazadores de cabezas de Borneo, o sea en «pobres gentes ignorantes e incultas». Con lo que infravaloramos enormemente el paganismo en todos sus aspectos.

Tampoco es exacto de ningún modo que el pagano tenga que ser necesariamente politeísta, es decir, que adore a más de un dios. ¿Es que acaso el negro que adora únicamente una serpiente verde determinada no es pagano? Pagano es todo hombre que no ve el bien supremo en Dios, sino en alguien o algo distinta. Existen por tanto incontables formas de paganismo, desde el más miserable hasta el más noble.

El más miserable de todos los paganos es el que ve en sí mismo el bien supremo, quien se considera el «Número Uno», a cuyos intereses debe supeditarse todo lo demás. Está muy por debajo del negro con su serpiente verde, pues éste por lo menos admite que hay algo superior a él mismo.

Para muchos es el dinero el bien supremo. Son paganos del dinero. Otros son paganos del poder, paganos de las clases, paganos del erotismo. Existen madres que adoran a sus hijos, y padres, a sus hijas. El hombre amado, la mujer amada, la pertenencia a una raza, a un pueblo, a una estirpe, a una familia o incluso a un club puede convertirse en un ídolo. Un multimillonario americano se suicidó, porque el aristocrático club Raquet no quería admitirle como socio. Todas estas personas son paganos.

Sólo tenemos que plantear a nuestra conciencia esta pregunta implacable ¿cuál es el supremo bien de nuestra vida?

Lo reconoceremos por el hecho de estar dispuestos a sacrificarle todo lo demás.

Existen pues personas —muchas personas— que se llaman cristianos, musulmanes, judíos o budistas y en realidad son paganos.

¿Es usted pagano?

LA ENTREGA AL DIOS NEBULOSO

El dios nebuloso tiene toda clase de nombres. Se llama destino, hado, predestinación, el poder superior, lo absoluto y a veces hasta dios sin más. No apetece hablar de él. Es «asunto privado», lo que debería significar que cada uno de sus adictos tiene una idea muy personal de él y que mantiene relaciones personalísimas con él. Pero lo que sucede es todo lo contrario.

A pesar de los diferentes nombres, el dios nebuloso evoca en sus adictos siempre la misma imagen y mantienen con él también siempre la misma relación, es decir, ninguna en absoluto. En lo único que están de acuerdo es en que «de alguna forma» existe, y esto es todo. Es la X admitida, aunque a regañadientes dentro de la ecuación de la cosmovisión. Y si pudiésemos empujar a uno de sus adictos a que se manifestara sobre él (no resulta fácil), escucharíamos más o menos algo así.

«Bueno, reconozco que de algún modo debe existir un poder superior, de algún modo tuvo que empezar todo alguna vez. Naturalmente, nada podemos saber de ese poder excepto que ha de ser totalmente diferente a nosotros. Naturalmente, a ese poder no le importa que nosotros le conozcamos o no. Para él no somos más que bacterias o bacilos. Sólo las personas cándidas o pueriles pueden creer que lo absoluto esté interesado en ellos personalmente; el inventor de las inconmensurables nebulosas estelares interesado en el señor García o la señorita

Pérez. Lo absoluto tiene problemas muy diferentes. Ya un director general de una gran empresa no tiene ni tiempo ni ganas de ocuparse de las circunstancias personales de sus empleados, excepto, en el mejor de los casos, de sus colaboradores más inmediatos». Lo que, claro está, nos libera también de tenernos que ocupar de él. Al dios nebuloso le es completamente indiferente nuestro comportamiento. Para él, el mejor de los hombres no se diferencia en nada del peor. No existe diferencia entre San Francisco de Asís y Hitler, ambos son sólo bacterias. Rezar no tiene ningún objeto. El director general tiene otras preocupaciones y no escucha.

En realidad, un director general terrenal que no se interesa por la vida de sus empleados no está ya capacitado para ocupar una posición tan elevada, y cuanto antes le despidan, tanto mejor.

Y un dios que no se interesa por el hombre que ha creado, no es un dios, sino un chapucero del mayor calibre. Sus adictos tampoco podrán ser adictos, pues no existe nada a qué «adherirse». Son personas que o pescan en aguas turbias o quieren conservar su comodidad. No existe ninguna clase de responsabilidad ante el dios nebuloso...

Nosotros, en cambio, recordamos a alguien que dijo en cierta ocasión:

«¿No se venden cinco pájaros por dos ases? Y sin embargo, ni uno de ellos es olvidado por Dios. Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, vosotros valéis más que muchos pájaros» (*Lucas 12, 6-8*).

EL ANCIANO DE LA BARBA

La idea de un Dios personal va unida para muchos de nosotros a una imagen muy determinada: la de un señor anciano

con una poblada barba blanca. Y aunque suene muy raro, he conocido a personas muy serias e incluso aceptablemente inteligentes, que por culpa de esta imagen no podían creer en un Dios personal, sino en un «poder».

Los hombres sentimos una inclinación especial a simbolizar nuestros conceptos, y así resulta que las mismas personas que rechazan al señor dé la barba como imagen pueril o antropomorfa se imaginan a Dios más o menos conscientemente como una especie de nube gaseosa. Debo confesar que en este caso prefiero al anciano señor de la barba. De una nube gaseosa no puedo esperar nada bueno, más bien nada. Un anciano es por lo menos un símbolo de la sabiduría, de la experiencia, de la madurez; un símbolo de padre, si lo prefieren. En fin de cuentas, esta imagen nos acerca a Dios, que es de verdad nuestro Padre, y nos podemos dirigir a El como lo que es. Este es nuestro máximo privilegio.

Pero para la mayoría esta imagen va unida a ideas completamente diferentes. Piensan en la falta de actividad y de brío, en la esterilidad de la vejez; o han tenido experiencias en su trato con su propio padre terrenal, que ahora trasladan al divino. En otras palabras, precisamente son éstos los que rechazan la paternidad de Dios por razones antropomorfas. El anciano de la barba es una figura simbólica, y los pintores de todas las épocas la han utilizado para ilustrar la Biblia. Resulta francamente incomprensible que una persona inteligente y adulta coloque en el mismo plano a un símbolo con lo que simboliza. Según esto, todos los alemanes serían águilas, los ingleses leones y hasta el francés más varonil sería una señora con gorro frigio. El malentendido se halla en definitiva en el concepto «persona».

Llamamos persona habitualmente a un ser que tiene conciencia, inteligencia y voluntad o características que correspondan a estos valores humanos. Este ser se halla na-

turalmente muy por encima de una fuerza ciega en sí como el magnetismo o la electricidad. Y quien ve en Dios tan sólo un «poder», sitúa al Creador del universo, al mejor artista, poeta, organizador e inventor, por debajo de los hombres al negarle conciencia, inteligencia y voluntad. Dios es espíritu puro. Y como existe fuera del tiempo (creado por Él, como todo lo demás), no es ni joven ni viejo. Claro que no siempre resulta fácil tener una relación personal con un ser que es espíritu puro.

Como niños tímidos hemos utilizado continuamente símbolos para acercarnos a El... hasta que ÉL mismo se acercó a nosotros...

EL DIOS QUE NO PUEDE NEGAR NADA

Parece increíble, pero es así: un gran número de personas con una inteligencia aceptable en otros terrenos, cree, sin embargo, en el Dios que no puede negar nada. Se dirigen a Él con oraciones, y exigen que no sólo escuche sus oraciones, sino que las atienda. Es su obligación y su deber, y pobre de Él si no lo cumple. Porque entonces o bien se le insulta violentamente o se le deja de lado y se le ignora en el futuro, a veces hasta se llega a negar su existencia. Esas buenas gentes no se dan cuenta de que al obrar así han colocado lo más inferior por encima de todo en el sentido literal de la palabra, al haberse instituido a sí mismos en tribunal supremo, convirtiendo a Dios en su recadero, en su criado, que ha de realizar sus encargos transmitidos en forma de oración, si no quiere ser amonestado, amenazado con el despido y finalmente expulsado.

Tampoco se dan cuenta de que se comportan como el más primitivo de los fetichistas, que destruye o quema su fetiche si no «sirve». Y además proceden con su Dios con mucho mayor rigor que el que osarían emplear con un dignatario humano.

El médico que prohíbe fumar más de quince cigarrillos al día, puede por lo menos continuar con vida, no se reniega sin más de su existencia. Que el médico se empeñe en un máximo de quince cigarrillos es sin duda una decisión dura, pero hay que admitir que lo hace con buena intención. Piensa en lo mejor para uno. El alcalde, el concejal, el tío rico, cualquier funcionario, todos los jefes militares, el marido, la mujer, e incluso los subordinados, todos pueden decir que no sin que por ello sean despedidos bruscamente. Pero Dios no puede permitírselo; a Dios no se le conceden circunstancias atenuantes. Tiene que hacer lo que nosotros queremos, según el principio de los hidalgos campesinos prusianos: «Nuestro rey absoluto será, si hace nuestra voluntad».

¿Acaso no alumbra en estas cabezas, ni siquiera algunas veces, la idea de que el Omnisapiente sabe también muy bien por qué nos niega nuestro deseo? ¿Que lo sabe incluso en aquellas ocasiones en que no somos capaces de imaginarnos en absoluto por qué?

DICTADORES

¿Qué tenemos en realidad en contra de los dictadores? Lord Acton dijo en cierta ocasión: «El poder significa corrupción. Y poder absoluto significa corrupción absoluta». Pero esto no es suficiente para nuestra aversión. También otras formas de gobierno han demostrado con frecuencia estar corrompidas; en realidad no existe ninguna forma de gobierno en la que no haya habido corrupción. Lo más que podría decirse es que en una dictadura se manifiesta de modo más inaudito que en una democracia, aunque también aquí existen bastantes ejemplos inauditos.

No, nuestra aversión es mucho más profunda. Lo que no soportamos es que el hombre de allí arriba pretenda tener siempre razón. Lo que más nos molesta es no poder replicar a sus órdenes. Lo que hace estremecer nuestras entrañas es que no podamos ni siquiera insultarle sin estar expuestos a ser encarcelados inmediatamente.

El Papa tiene tan sólo la pretensión de ser infalible en cuestiones de fe y de moral, y esto sólo cuando habla *ex cathedra*, lo que no suele suceder más de una vez cada cien años. E incluso en este caso su infalibilidad sólo consiste, según el dogma, en que el Espíritu Santo impediría que proclamara *ex cathedra* algo que no fuera verdadero. En otras palabras, su infalibilidad, muy circunscrita, no es una cualidad personal, no se trata de ninguna cualidad, sino de una ... suplencia. *Ex cathedra* no puede proclamar nada erróneo. En cambio los dictadores son infalibles en todas las cosas y en todo momento, todas sus proclamas son «*ex cathedra*» y se producen a una velocidad de vértigo, unas tras otras.

Sin embargo, en lo más profundo de nuestro corazón sabemos que sólo hay Uno que tiene razón siempre y en todo: Dios. Nuestra indignación frente al dictador está pues totalmente justificada: ese hombre se atribuye lo que es atributo exclusivo de Dios: omnisapiencia y omnipotencia. Ese hombre juega a ser Dios. Incluso si durante algún tiempo representa su papel con bastante brillantez, lo único que hace es representar un papel. Y ahora viene lo asombroso: el único que tendría justificación para ser un dictador, Dios mismo... no lo es. Él, de quien somos simples criaturas, es decir muchísimo menos que esclavos (a quienes su señor ha comprado, pero no creado), Él nos ha dado el regalo del libre albedrío. Quiere que tomemos nuestras propias decisiones. Le ofendemos a diario. Nos comportamos como los hijos más estúpidos y egoístas, a quienes interesa más el chocolate que les da su madre que la

propia madre, a la que ni siquiera le dan las gracias. Y a pesar de todo continúa esperando pacientemente nuestro amor.

El dictador es un concepto de Dios pervertido. Eso es lo que tenemos contra él.

¿EXISTEN MILAGROS?

Mi amigo Jorge afirma: «No sólo existen los milagros sino que *sólo* existen milagros. Una salida del sol, una nube, una flor, la transición del día a la noche, la secuencia de las estaciones, la vista de un caballo noble, ¡qué digo!, la vista de cualquier caballo, de cualquier animal. La creación de un ser humano, ¡todo milagroso! Sólo que ya no lo sentimos como milagro porque nos hemos acostumbrado a ello. Si mañana el sol saliera en occidente en lugar de en oriente, lo consideraríamos un milagro. Pero si a partir de entonces lo hiciera todos los días o en días alternos, muy pronto nos acostumbraríamos a ello. En el fondo, sin embargo, el simple hecho de que salga es un milagro y lo es el que existas tú y yo, el que exista algo es un milagro».

En cierto sentido tiene razón. Un «milagro» es de acuerdo con su etimología algo digno de admiración, algo asombroso. Y no nos admiramos ya de aquellas cosas a las que nos hemos acostumbrado. Es una de nuestras características más elementales. Existe sin embargo un concepto muy diferente para la misma palabra. «La intervención de un poder sobrenatural en la naturaleza». Los materialistas rechazaron desde un principio esta posibilidad. Para ellos sólo existe la naturaleza y no hay ningún poder sobrenatural, que por tanto tampoco puede intervenir. La mayoría son tan dogmáticos en este punto que rechazan incluso la revisión de ningún caso.

¿Cómo dice Morgenstern? Afirma de manera tajante: «no puede ser lo que no debe ser». Las personas religiosas son en esto más objetivas. Consideran esa posibilidad. Pero también entre ellas existen «escuelas» diferentes. Así podemos oír muy a menudo: «Creo en Dios, creo que Dios ha creado el universo y con él un orden establecido por El mismo. ¿Por qué habría de intervenir arbitrariamente en este orden con modificaciones repentinas? ¿Acaso para impresionarnos con ello? ¡Qué ridiculez!». Suena singularmente plausible, pero lo que esta gente no ve es que con ello prescriben a Dios lo que debe y lo que no debe hacer. «Ha establecido un orden determinado... pues que se quede quietecito dentro de él. Rechazamos | enérgicamente las salidas fuera de programa. En mi opinión esto es pedantería pura. Pero Dios es todo menos pedante...

EL PRIMER COMUNISTA

Algún propagandista comunista lanzó el slogan y muchos mentecatos inteligentes lo repiten: «Jesucristo fue el primer comunista» ¿Acaso no estaba en contra de los ricos y hartos? ¿Acaso no alababa a los pobres y necesitados? ¿Acaso no se rodeó de gentes sencillas, de proletarios? ¿Acaso no tronó contra los sacerdotes profesionales, cuyo odio acabó por ocasionar su muerte? ¿Acaso no se saltó la idea elitista del pueblo judío haciéndose amigo de los pobres de otros pueblos? ¿Acaso no se preocupó siempre de la suerte de la gente sencilla? ¿No vivió acaso con sus apóstoles en una comunidad puramente comunista?

«Resulta muy seductor», dije, cuando uno de esos mentecatos inteligentes me expuso todo esto. «Permítame, sin embargo, que añada todavía un par de preguntas. ¿Enseñó Cristo también que toda religión es opio para el pueblo? ¿Que

Dios es un invento de la burguesía y los capitalistas para mantener en sus límites al proletariado? ¿Que lo único que importa es la vida terrenal, porque es la única que existe? ¿Que la meta final de la humanidad es el ordenamiento paradisíaco del Estado y que deberá comenzar matando a los gobernantes actuales? ¿Que la moral es un invento de los capitalistas para frenar al proletario? ¿Que sólo importa una clase determinada de hombre, los proletarios? ¿Que la vida del individuo no tiene ningún valor frente a los intereses del Estado? ¿Acaso Jesucristo fue un precursor del materialismo? ¿Consideraba que la oración era una estupidez y la visita al templo un acto reaccionario? Y finalmente, ¿Encomendó a sus discípulos la misión de obligar a las personas a aceptar sus ideas por medio de la fuerza policial? Y aquí he de añadir que precisamente Él era quien entre todos los ostentadores de poder en el mundo habría tenido perfecto derecho a dar esa orden. Él era el más poderoso porque era Dios. Sin embargo, Dios, el único totalitarista justificado, respeta el libre albedrío de los hombres. La frase «Jesucristo fue el primer comunista» es una obra de arte de la hipocresía. Pero si fuera cierto, habría que felicitar a sus dirigentes por su extraordinario parecido con el «primer comunista»: Marx por su amor al prójimo lleno de bondad, Lenín por su humildad y caridad, y Stalin por su amor a la verdad y su disposición a perdonar.

EL MILAGRO DE LOS MILAGROS

—No existe ninguna duda de que ocurrió realmente la Resurrección de Cristo —me explicó el catedrático B—, y no lo digo como cristiano creyente, sino como conocedor de las circunstancias históricas y como psicólogo, y lo que es más aún, lo puedo demostrar.

—Me tiene usted sobre ascuas, demuéstremelo ¡por favor!

—Se trata de un movimiento religioso entonces muy poco numeroso que se había agrupado alrededor de una personalidad central muy fuerte —manifestó el catedrático B—, los mandos inferiores, los apóstoles, eran gente sencilla: pescadores, recaudadores de aduanas, casi todos ellos de Galilea, es decir, provincianos y campesinos. No son precisamente héroes. Cuando prenden al cabecilla del movimiento, sólo hay uno que se atreve a alzar la mano en su defensa. Y precisamente ese hombre, el más valiente de todos, niega a su señor un par de horas más tarde tres veces, de puro temor por la propia vida. El cabeza del movimiento es llevado ajuicio, condenado a muerte y ejecutado. Su madre está presente. Pero de sus apóstoles, de nuevo, uno sólo. Los demás están en Jerusalén temblando de miedo tras las puertas cerradas. Y ahora el hombre está muerto y enterrado. ¿Qué ocurre en estos casos, cuando un movimiento tiene una personalidad central poderosa y ésta es capturada por el poder del estado y ejecutada? Es el final del movimiento. ¿Hitler ha muerto? Entonces todo ha terminado, no sólo se capitula sino que jamás se ha pertenecido a su movimiento. ¿Han ahorcado a Mussolini? De repente nadie ha sido jamás fascista. ¿Pero qué es lo que sucede aquí? ¡Seis semanas después de la muerte de Cristo, sus apóstoles predicán en público su Resurrección! El mismo Pedro, que ante una criada, había negado siquiera conocer a Cristo dice en su misma cara al hombre más temido de todo Jerusalén, al sumo sacerdote Caifás y a todo el sanedrín, que han matado al Mesías, pero que éste ha resucitado. Todos los apóstoles declaran haber visto al Resucitado y haber hablado con Él. Dicen que desde ese momento ha comido con ellos y ha predicado a diario su doctrina durante semanas. Y esto lo afirman desde ese momento hasta el final de sus vidas. Son perseguidos, martirizados y finalmente ejecutados. Jamás se retractan. Y ahora preguntamos

¿Qué es lo que ha convertido a estos hombres atemorizados en héroes? ¿Cuál ha sido la causa de este cambio fenomenal? Claro que si le han visto realmente, no sólo un momento, como una alucinación, una autosugestión, sino, como ellos mismos afirman, durante semanas día a día, entonces su actitud se hace comprensible. Entonces es que están seguros de su causa y no hay nada que pueda ya apartarlos de ella. De otro modo este cambio psicológico sería totalmente inexplicable. Por tanto tienen que haber visto al Resucitado. Por tanto tiene que haber existido la Resurrección. Que es lo que había que demostrar.

Yo lo creía también sin todo eso. Pero quizás sea bueno que haya gente que se convenza de ello a su manera.

EL ABURRIDO CIELO

El tipo que inventó lo de las nubecitas, la música de arpas y los cánticos incesantes, sin duda estuvo muy inspirado. Pero no por el cielo.

Es una de las obras más peligrosas de propaganda infernal. Como no era posible calificar al cielo de «malo», se le describió como extremadamente aburrido. Y el ministerio de propaganda satánico tuvo aquí la colaboración (como en tantas ocasiones...) de un fallo de la naturaleza humana. Tenemos mucha mayor facilidad para imaginarnos el infierno que el cielo. Les ha sucedido incluso a nuestros mejores escritores. La descripción del infierno de la «Divina Comedia» de Dante es mucho más impresionante que la del paraíso. Y lo mismo ocurre con Milton en su «Paraíso perdido». ¿Será posible que lo malo nos resulte más familiar que lo bueno? Sería un pensamiento bastante alarmante.

¡Para cuántos chistes idiotas habrá dado ocasión esta imagen deformada del cielo! Continuamente oímos decir que el

infierno tiene que ser mucho más divertido, pues allí estarán seguramente todas las personas interesantes, en cambio en el cielo sólo la gente honrada, los chicos y chicas ejemplares nauseabundantemente aburridos (que cantan en coro y tocan el arpa).

¡Y sin embargo. Cristo ha dejado bien claro que «allá arriba» suceden cosas bien distintas! El criado que ha administrado tan bien sus diez talentos, convirtiéndolos en veinte, no recibe ahora de su señor una cifra mayor para administrar, sino que «le da el poder sobre veinte ciudades».

Es decir, que obtiene una posición totalmente nueva, una posición de poder extraordinario. Se convierte en príncipe. Su acción es, pues, premiada más allá de toda medida. El premio se produce con valores totalmente nuevos. Y además el tipo de premio promete una nueva *actividad*, incomparablemente más interesante y de mucha mayor responsabilidad que la anterior. Estará *activo*,

Aquí en la tierra nos cansamos con facilidad y anhelamos el descanso. Pero incluso en el descanso continúa en nosotros la actividad automática de nuestro cuerpo, la formación constante de nuevas células, la circulación de la sangre, la respiración, «Allí» ya no existirá el cansancio. El «descanso eterno» es existencia consciente. Toda la felicidad será diferente, pero será siempre... feliz. Pues todo sirve a Dios y servir a Dios significa reinar.

EL INFIERNO ESTA CERRADO POR DENTRO

Durante mucho tiempo me ha resultado difícil creer en la existencia del infierno. Dios es la bondad misma. Dios es el Amor. ¿Cómo podía compaginarse con esto la existencia del infierno, la existencia de un lugar de castigo eterno? Incluso la

justicia humana, a la que no puede atribuirse precisamente clemencia, libera a un condenado a cadena perpetua a los quince o veinte años por su buena conducta. Por lo menos así se viene haciendo en muchos países. ¿Y hemos de creer que Dios nos guarda rencor eterno, que no nos perdona jamás, a pesar de habernos ordenado por boca de Cristo perdonar setenta veces siete? ¿No existe ya una injusticia de base en el hecho de que un delito limitado en el tiempo reciba un castigo eterno?

Me dirigí a un teólogo anciano y sabio. «No puedo ayudarle», me dijo. «El propio Cristo habla del infierno constantemente —entre otras varias veces en el Sermón de la Montaña—. Existe, pues, la posibilidad de la condenación absoluta. Pero no tenemos derecho a suponer de nadie que se halla en el infierno, ni siquiera de Judas. Sería incluso posible que el infierno estuviese vacío».

Pero, por lo menos en teoría, es muy posible que un hombre no se arrepienta jamás ni por un momento de una vida llena de maldades, que hasta el final cause a sus semejantes todo el daño de que es capaz y encima se burle de ellos, que hasta el final blasfeme y maldiga a Dios. ¿Acaso un hombre así debe llegar a la «contemplación» de Dios? Dios es el Amor. El amor no puede forzarse ni ser forzado. El rechazo del Amor debe respetar el amor, y quien no *quiere* llegar hasta Dios, no llegará hasta Dios. Se queda «fuera», encerrado en su propio odio, su propio dios diminuto, rígido, petrificado; es juzgado por ser como él mismo quiere ser. Su voluntad está petrificada, él mismo la ha dejado petrificarse. Ya no puede arrepentirse, ya no puede volverse «atrás» y tampoco puede ya «salirse». Se ha quedado dentro de su propia barricada. El infierno está cerrado por dentro.

No tiene sentido la objeción de que los delitos «temporales» no pueden ser castigados eternamente. Quien no quiere a Dios tendrá que arreglárselas sin El. Eso es el infierno,

y sus ramificaciones alcanzan a nuestra vida terrena, lo mismo que las del cielo. Pueden percibirse. La elección es asunto nuestro.

LA HORRIBLE PALABRA DOGMA

Es bastante típico de nuestra época confusa, llena de fuegos fatuos irreflexivos, el hecho de que la palabra dogma se haya convertido para muchos casi casi en un improperio. Se habla de postura dogmática y con ello se quiere decir postura ergotista. Se califica a una persona de dogmática y con ello se pretende expresar que es un testarudo obstinado. Se proclama con indignación que en la época actual no queda ya lugar para dogmas. Pero el mayor reproche va dirigido a las iglesias, acusándolas de dogmatismo [extremado en sus doctrinas.

El maestro que nos enseña que dos por dos son cuatro nos está enseñando un dogma, un dogma aritmético. Naturalmente soy muy libre de desconfiar de él considerándole un testarudo obstinado y ergotista. Pero si quiero llegar a algún resultado en aritmética, no tendré más remedio que aceptar su dogma globalmente. Claro que en este caso resulta fácil de comprobar. En otros terrenos es a veces más difícil.

Pero el concepto de dogma no queda agotado con la traducción de la palabra griega. Un dogma es un artículo de fe o de doctrina, que es obligatorio aceptar si se desea pertenecer al credo o doctrina correspondiente, y la aceptación del dogma o de los dogmas es lo que constituye la calidad de socio. *Y no existe ninguna doctrina —tanto si es religiosa como política o científica— que no tenga dogmas:* No existe, ni puede tampoco existir, pues la falta de dogmas sería la libertad sin límites, y la libertad sin límites es la anarquía, es decir, lo contrario de una doctrina. Toda doctrina establece límites. El liberal tiene que

creer en los principios del liberalismo, pues de lo contrario no será liberal. El cristiano, cualquiera que sea su confesión, deberá creer en Cristo, pues de lo contrario no será cristiano.

Los cristianos, los judíos y los mahometanos creen en el dogma: «NO hay más que un solo Dios». Quien cree en quince dioses o en dos o en setecientos, no podrá ser ni cristiano, ni judío, ni mahometano. En todas las doctrinas existen cuestiones facultativas, que pueden aceptarse, pero que no es obligatorio aceptar. Los dogmas son simplemente aquellas cosas que estamos obligados a aceptar si queremos «pertenecer a ello», son el hueso duro del fruto y sin él no puede haber fruto.

La sangre es líquida, los tendones y músculos son elásticos, los tejidos son blandos, pero los huesos tiene que ser duros, si queremos caminar derechos.

EL ASUNTO DE LA MANZANA

El Génesis, el primer libro de la Biblia, nos narra, después de la historia de la Creación, la de la «caída» de nuestros primeros padres. Y en numerosas cabezas anda rondando el asunto de la manzana. Dios lo había prohibido, pero Eva sintió curiosidad, comió una de las manzanas y dio también una parte a Adán y con ello se acabó la vida del paraíso.

Así me lo describió un hombre adulto, sonriendo burlón al hacerlo.

—¿Está Vd. seguro de que no se trató de una pera? —le pregunté inocentemente.

—No, no, fue una manzana, eso lo sabe todo el mundo.

Es asombrosa la forma en que se ha abierto camino la idea de la manzana, asombrosa y al mismo tiempo muy significativa de la forma en que se establecen nuestros recuerdos. La manzana del pecado original es un invento de pintores y dibujantes. La Biblia habla tan sólo de un fruto, del fruto del

«árbol del conocimiento del Bien y del Mal». Se trata pues claramente de un símbolo, que los pintores europeos gustaron de representar en forma de manzana. Lo mismo podrían haber utilizado cualquier otro fruto, pero permanecieron fieles a sus manzanas, durante siglos.

Y con ello puerilizaron y minimizaron la historia.

¿Qué es lo que ocurrió en realidad? Dios había pedido a sus hombres una prueba de fidelidad. En cambio ellos ofrecieron la prueba de su infidelidad. ¿Por qué? Porque un seductor les susurró: «Comed y seréis como Dios». Esa fue la gran tentación. Dios era el centro del hombre. Ahora el hombre tenía la oportunidad de convertirse a su vez en centro y echó mano de esa oportunidad. Y se convirtió en el centro, en el núcleo de sí mismo. Se hizo egocéntrico. Su propio insignificante Yo se convirtió en su dios y estaba dispuesto a sacrificar a este Yo todo lo demás. La caída fue el nacimiento del egoísmo.

Hacia afuera parecía infidelidad, desobediencia. Pero el motivo fue la soberbia. Ahora ya no dependía de nadie y, por tanto, era «libre». Ahora era su propio legislador, y su propia ley era: Yo siempre el primero.

El deseo de ser «como Dios», es decir de ser Dios, es en definitiva el único pecado que existe, pues todo lo que es pecado y delito y vicio parte de esta... única condición básica de que se es «libre» e «independiente», y que se puede hacer y dejar de hacer lo que se quiera. ¿Te has enterado Adán? ¿Te has enterado Eva?

¿QUIEN CREE TODAVÍA EN EL DEMONIO?

La religión fundada por Zoroastro contiene la doctrina del buen principio (Ormuz) y del mal principio (Ariman), o sea de

Dios y el demonio. Pero no existen más que unos cien mil adeptos.

Algunas tribus indígenas de Australia Central creen en un Dios bueno, al que no es necesario orar, porque de todos modos no quiere más que el bien, y en un dios malo, al que hay que rezar para que no nos haga nada.

Pero aparte de esto, ¿quién cree todavía en el demonio? ¿Cree Vd. en el demonio? Naturalmente que no. Al fin y al cabo vivimos en el siglo XX. El demonio es una «superstición pueril», sigue pululando por las cabezas de campesinos ignorantes o de hombres extravagantes medio locos y degenerados, que se llaman a sí mismos satanistas y utilizan sus creencias como excusa para sus orgías. Cuernos de macho cabrío, pezuña y rabo y a lo mejor también un tricot rojo.

Muy propio para un baile de máscaras. De demonio puede uno permitirse algunas cosas.

Esta es más o menos la quintaesencia de las confusiones que el concepto demonio parece despertar en nuestro siglo supermoderno, de gran fuerza intelectual, libre de prejuicios. Los cuernos de macho cabrío, la pezuña y el rabo proceden naturalmente del viejo Dios Pan y el tricot rojo de la representación de Mefistófeles en escena. Pero al demonio no podía sucederle nada más agradable que la difusión de la idea de su no existencia. Se siente uno tentado a pensar que es él mismo quien la ha difundido intencionadamente y con ahínco.

El delincuente capaz de convencer al mundo de que no existe, tendrá juego libre en el futuro. Y el mundo lo refleja muy claramente. Sin embargo, las iglesias cristianas conocen el poder que Cristo mismo definió como «príncipe del mundo», el arcano oscuro que trabaja incesantemente en la perdición de la humanidad, a la que odia. Y en esta tarea nada resulta demasiado ambicioso para él (revolución universal, odio racial, asesinatos en masa, sadismo estatal, campos de concentración,

ateísmo militante, enturbiamiento del pensamiento religioso, favorecimiento de la indiferencia religiosa bajo el pretexto de la tolerancia) y nada demasiado insignificante (trabajo en el alma de cada individuo, deformación casi imperceptible de la justicia en autosatisfacción, del respeto a uno mismo en soberbia, del amor en amor ciego y posesión egoísta del amado). Quien tenga ojos para ver, verá la mano maestra, que en todas partes pervierte lo bueno, corrompe lo puro, se burla de lo decente, corroe todas las virtudes, pone una falsa aureola a todos los vicios, sustituye la glorificación de Dios por la exaltación del hombre, tacha a todo lo religioso de pasado de moda y llama progresismo al camino hacia el extravío, envileciendo incluso el arte hasta convertirlo en disparate grotesco.

Hasta las personas que no son religiosas pero que tienen sensibilidad perciben su intervención. Y así ocurre que los autores de novelas espaciales nos representan a los habitantes de otros planetas como personajes espantosos, terriblemente crueles, dotados de una inteligencia superior, que pretenden tomar posesión de la tierra y de los hombres...

EL PLANETA ENVENENADO

Quien mantenga los ojos bien abiertos y observe a su alrededor, podrá ver en nuestro planeta cosas que no pueden haber sido creadas por un Dios de infinita bondad. Al menos, no del modo que las vemos. Como todo lo creado procede de Dios, parece como si un enemigo de la Creación hubiese hecho todo lo que le permitían sus fuerzas para arruinarla. Pero no lo ha logrado. Sin embargo, sí ha conseguido imprimir algo de su sello a un buen número de cosas. No puede dejarse de percibir una influencia. Pervierte. Adultera. Envenena. Y constantemente tropezamos con una manifestación muy de-

terminada de su ser para la que no parece existir mejor definición que la de diabólica.

Jamás es la *totalidad* del ser de una criatura la que puede calificarse de diabólica. Se trata siempre sólo de deformaciones, desviaciones, incongruencias aparentemente arbitrarias. Durante muchos años he creído que esto dependía exclusivamente «del ojo del observador», que nosotros los hombres, teníamos criterios muy determinados con fundamentos a veces muy convencionales acerca de lo bueno y lo hermoso. Al fin y al cabo nos ha sido revelado que los caminos de Dios no son nuestros caminos. ¿Y si el fuego tuviese conciencia, no consideraría al agua como algo feo e incluso diabólico, y al revés ?

Disfrutamos con la elegancia de movimientos, con la gracia y belleza de un gato. Los sentimientos del ratón serán muy diferentes. El perro de caza es un compañero noble y fiel. No creo que el zorro comparta nuestra opinión. La construcción de un mundo exige la existencia de divergencias. Incluso las líneas matemáticas tienen que «cortarse» si queremos crear una figura, «las cosas tropiezan duramente en el espacio». Y nuestro gusto cambia. Nos parece feo lo que hace pocos años considerábamos hermoso (por ejemplo la moda). ¡Y sin embargo! El caminar y la expresión de una hiena, la máscara diabólica de las pirañas brasileñas, las chinches, los escorpiones, la mirada de la cobra, las arañas venenosas y toda clase de bichos reptantes, pululantes, hormigueantes...; no podemos dejar de pensar que el hombre no es el único ser que ha «caído», que en todo eso se ve la acción de alguien que desea la desgracia de toda criatura, para no encontrarse solo en su propia desgracia espantosa y sin límites: el archirrebelde, el archienemigo. El maligno. Cristo le llamó príncipe del mundo. O sea que efectivamente ejerce un tipo de soberanía. Pero no ilimitada. ¿Sabe que su destino esta sellado desde que Dios se

hizo Hombre en este planeta? ¿Que incluso aquí, donde prefirió ser el primero antes que ser el segundo en el cielo, sus días están contados? Nosotros somos quienes tenemos que decidir al lado de quién queremos combatir.

LA FALTA DE POPULARIDAD DEL PECADO ORIGINAL

Para nuestros contemporáneos existen pecados populares e impopulares. Es popular por ejemplo la intemperancia en el placer. El glotón es un «gourmet», el borracho un «alegre beberón», y cuando un hombre se oye llamar un Don Juan, se siente más halagado que insultado.

Pero el pecado original es claramente impopular. Tanto, que mucha gente lo resuelve de manera tajante negando su existencia, generalmente basándose en que es contrario a la justicia divina. Que Dios no nos castigaría por algo que en algún nebuloso tiempo remoto hicieron nuestros primeros padres. ¿Y se pretende afirmar que los bebés están tarados con el pecado original? ¿Bebés inocentes, puros, que acaban de nacer? ¡Imposible!

Es ésta una confusión de pensamiento increíble, que como siempre, se produce porque las buenas gentes no tienen ni idea de lo que están hablando. Tuvieron su poquito de clase de religión en el colegio y desde entonces no han aprendido nada o muy poco.

Dios creó a nuestros primeros padres perfectos. Por su rebelión perdieron esa perfección. Pero los padres imperfectos no pudieron engendrar más que hijos imperfectos. Y como este estado de imperfección es consecuencia de la rebelión de nuestros primeros padres, por eso hablamos de pecado original. El pecado original no es, pues, una culpa personal. Es «la falta

de la Gracia sobrenatural», y ésta es un don gratuito de Dios. Dios no está obligado a concedérselo.

Nuestra culpa es impersonal, es «colectiva», algo así como si una familia sufre las consecuencias de que el padre haya disipado una fortuna en el juego, o una nación entera padece las secuelas de una guerra, porque un clan o un partido se ha metido en ella y la ha perdido. Y no creo que haya nadie capaz de disentir de que somos imperfectos. El bebé recién nacido, inocente y puro, es un saquito de egoísmo recién nacido inocente y puro. Es envidioso, celoso y tiene ataques de ira.

«Pero no sabe otra cosa», dice la madre indignada. Eso, precisamente. No sabe otra cosa. No es perfecto.

«Eso es humano», dice el papá. Eso. Precisamente. Ninguno de nosotros es perfecto.

Dios quiere que volvamos a *hacernos* perfectos.

Con el sacramento del bautismo nos devuelven el don de Dios de la Gracia sobrenatural, perdida por nuestros primeros padres.

Pero nuestra *naturaleza* requiere la transformación constante por medio de la Gracia, un entrenamiento permanente y una vigilancia incesante. Estamos todos «torcidos» y el proceso de enderezamiento es largo y doloroso. ¡Este proceso se llama... vida!

El hombre que afirma: «Para mí no existe el pecado original», afirma en otras palabras: «Yo soy perfecto por naturaleza». Y esto es —por expresarlo con delicadeza— una afirmación un tanto atrevida.

LA EDAD DE ORO

La leyenda de la edad de oro existe entre todos los pueblos civilizados de la antigüedad. Existe en la mitología de pueblos que, por lo menos en la época histórica que conocemos, no tuvieron jamás ningún punto de contacto entre sí, por ejemplo

entre los aztecas de Méjico y los griegos. Aparece en las formas más diversas, pero la fórmula básica es siempre la misma: hubo una vez una época en que los hombres eran felices. Después llevaron a cabo una acción determinada y desde entonces el mundo está como es ahora.

Es la historia de la caída del hombre, del paraíso perdido, y el hecho de que aparezca en todas partes es una de las mejores pruebas de veracidad que pueda existir. Muchas cosas de la teoría de la evolución pueden ser ciertas. Pero el hombre no ha evolucionado en línea continuamente ascendente. En un tiempo estuvo más alto. Después cayó. Y desde entonces anhela su alta posición perdida hace tanto tiempo. El hecho de una leyenda común no es ni mucho menos la única prueba. En todo hombre de cualquier pueblo o raza habita el anhelo de la felicidad perfecta. Puede adquirir las formas más extrañas, pero ahí está.

Uno quiere hacerse rico. Quiere ser millonario y vivir en la abundancia. Y ahora lo ha conseguido. ¿Es feliz? Posee un montón de millones y se puede permitir todo lo que quiere, pero en cuanto se evapora la novedad, se acostumbra a su buena suerte y empieza a aburrirse. Otro quiere ser director, presidente, general, quiere poseer un título nobiliario. Por fin lo ha conseguido. ¿Es feliz? Leed lo anterior. ¿Por qué es así? Porque buscamos la felicidad, la felicidad perfecta allí donde no está. La definición de la felicidad es: «La posesión del bien deseado (material, intelectual, espiritual) sin temor a perderlo de nuevo».

Inmediatamente comprendemos que eso no existe en nuestro planeta: pues cualquiera que sea el bien anhelado, no sólo tenemos el temor, sino incluso la seguridad de que lo perderemos, pues el hombre ha de morir. A pesar de todo, ese anhelo suyo de felicidad perfecta puede satisfacerse.

La satisfacción se llama «paraíso», es decir unión absoluta con Dios, que es la felicidad perfecta, la riqueza total, el poder ilimitado, la nobleza en sí misma, por toda la eternidad.

LA HERENCIA PERDIDA

Es difícil crearse una imagen aceptablemente definida de «Adán», del hombre antes de la caída. Pero no es imposible.

El hombre era, como tal, perfecto. Dios no crea nada imperfecto. Es decir, que el hombre tuvo que ejercer dominio total sobre sus funciones. Sus inclinaciones estaban sometidas a su voluntad, y su voluntad ejecutaba lo que su capacidad de juicio decidía en sabiduría y armonía. En sus venas no se depositaba la cal, en las células de sus tejidos no se producían procesos de destrucción. No caía en un sueño de agotamiento animal interrumpido por sueños caóticos, dormía con pleno conocimiento, contemplando con alegría cómo su descanso relajado proporcionaba nuevas fuerzas a su cuerpo.

Para los animales —que hoy todavía notan tan a menudo la diferencia entre un amo bueno o malo— era un dios. Comprendía por intuición y se comunicaba por intuición. No necesitaba ningún argumento y desde luego ninguna violencia.

¿Que de dónde lo sé? Porque es la perfección manifiesta de las posibilidades puramente humanas. Y seguimos teniendo esas posibilidades, pero hemos perdido la perfección.

El yogui intenta recuperar algunas de nuestras perfecciones perdidas, con muchos años de ascetismo. Parece conseguir algunos éxitos parciales. Existen yoguis que recuperan el dominio sobre los procesos automáticos del cuerpo, que pueden acelerar y retrasar su pulso y regular con sólo su voluntad el proceso digestivo. Claro que yoga significa «unión» y de lo que se trata es de la unión con Dios, es decir, exactamente

lo que perdimos con la caída. Años de ascetismo y sólo beneficios parciales.

Y no en balde se dice de San Francisco de Asís que se entendía muy bien con los animales; según se cuenta, predicaba a los animales, sobre todo a los pájaros y éstos le comprendían. Es posible que le entendieran verdaderamente, como en su día comprendían al hombre perfecto, pues Francisco de Asís fue uno de los hombres más perfectos. Pero para la humanidad en su totalidad ese camino no era viable. Era demasiado difícil. Y ni siquiera Francisco de Asís pudo recuperar la herencia perdida con sus propias fuerzas. Incluso él necesito ayuda. Cuánto más la necesitamos nosotros... y el que nos ayuda es siempre el mismo.

EL SÍ MAS GRANDE

Entre la poesía auténtica y la realidad absoluta existe una unión mística. La verdad absoluta es poética. La poesía auténtica es verdadera. No es pues de extrañar que los pasajes de la Biblia en que se expresan las verdades más profundas y grandiosas, sean también los más poéticos. Por eso, las palabras que dice el propio Jesús tienen más relieve que el texto restante, como si estuvieran escritas con letras de oro. Es inevitable que la Verdad personificada sea el más grande de todos los poetas.

Hay sin embargo un pasaje en el Nuevo Testamento en el que una doncella, probablemente no mucho mayor de trece años, pronuncia palabras de la más sencilla y elevada poesía. En toda la literatura universal no existe ninguna escena comparable a ésta en belleza. Los más grandes de entre los pintores han intentado reproducirla una y otra vez.

Fue uno de los momentos de mayor trascendencia en la historia de la humanidad, el instante en que Dios asumió a la

humanidad. Envió su ángel a una doncella. En calidad de pretendiente. El ángel cortejó y ella aceptó voluntariamente con humildad.

Fue el gran Sí de la humanidad a Dios, y sólo Dios sabe lo que habría sido de la humanidad sin este sí. Algo de este sí se halla implícito en la aceptación de todas las novias cristianas ante el altar. Algo de este sí está en todas las oraciones humanas. Es la entrega absoluta, la adhesión absoluta, la postura básica ideal del género humano ante Dios.

La primera madre de la humanidad había negado a Dios con su acto de desobediencia. Ahora una nueva Eva había restablecido el honor de todo lo femenino: por medio de un acto de obediencia.

Por medio de esta doncella se creó de nuevo, de forma nunca conocida, la unión entre el mundo divino y el humano. En forma pasiva. ¿Cómo podía ser de otro modo? No existe otro papel para el hombre ante Dios.

Dios es siempre el dador. El hombre siempre el receptor. Y María recibió.

MÍSTICA Y FRAUDE

Mi amigo Pepe, un hombre en realidad bastante sensato y más bien desapasionado, se ha dejado engañar de forma bastante desagradable un par de veces. Un «médium», que después de algunas sesiones le pareció verdaderamente digno de confianza, fue desenmascarado como un impostor muy hábil. Una señora extraordinariamente culta, directora de una escuela de ocultismo, resultó ser una gran histérica, y otra señora conocida suya, de la que se decía que tenía «poderes místicos» y que con toda probabilidad era una santa, decepcionó a todos sus adeptos escapándose con un adepto bastante más joven que ella.

—He acabado con los místicos —me dijo mi amigo Pepe—. La mística es un fraude.

—¿Si alguna gente ha vendido tres veces un falso diamante como auténtico, tienen por eso que ser falsos todos los diamantes? —le pregunté—. ¿No habría que pensar más bien que la existencia de diamantes falsos nos indica que también deben existir los auténticos? ¿Cómo podría imitarse algo que no existe?

—¿Puedes darme algún motivo razonable por el que tú crees que existe la mística auténtica?

—Ya te acabo de decir uno. Aquí tienes otro mucho más poderoso. Las experiencias místicas surgen en personalidades de los tipos más variados y en miembros de los pueblos y razas más diferentes. Tenemos informes de ello, y estos informes coinciden tan extraordinariamente en muchos puntos, que incluso el mayor escéptico ha de sentirse desconcertado. Así vemos constantemente que las personas que han tenido una experiencia mística, tienen las mayores dificultades para describirlas, ni siquiera aproximadamente. Es como si faltasen las palabras adecuadas. Se nota enseguida que les sucede como a alguien que pretendiera explicar el concepto de «rojo» a un ciego de nacimiento.

¿Qué puede decirse al ciego para que lo entienda? El rojo tiene un aspecto «caliente» o «lleno de vida» o «violento», «ardiente», «apasionado»; todo eso está muy bien, pero a pesar de todo no es capaz de transmitir lo más importante del rojo, es decir... el color rojo.

Lo mismo sucede cuando se pretende describir sonidos a un sordo de nacimiento. En fin, que se ve claramente que se trata de una experiencia única extraordinariamente fuerte.

—Algo así como un estupefaciente —dijo Pepe.

—Sí, como un estupefaciente sin ningún tóxico. Sin el tóxico de la soberbia en la embriaguez del poder, sin el veneno

de la presunción, de la vanidad. Todo esto son sucedáneos mezquinos, lamentables y muchas veces satánicos. La experiencia mística verdadera...

—¿Por qué no sigues hablando?

—Porque no puedo. Lee a Tauler, a Suso, mejor aún a Juan de la Cruz, y sobre todo a Teresa de Ávila. Yo... yo sólo hablo como el ciego del color.

¿PARA QUÉ TANTOS REZOS?

—Si yo fuera Dios —me dice mi amigo Juan—, me resultarían terriblemente aburridas las interminables oraciones de los hombres.

—Es cierto, menos mal que tenemos la suerte de que no eres Dios. Él tiene más paciencia que tú. Tampoco se harta tan fácilmente de nada. Desde hace muchos miles de años produce narcisos en primavera. Una y otra vez. Tú hace mucho tiempo que lo habrías abandonado.

—De todos modos no deja de ser una gran estupidez —afirma mi amigo Hugo—. Si Dios es todopoderoso, omnisciente, omnisapiente, ¿qué objeto tiene que yo rece para que mi tía Julia se cure de su enfermedad? Dios sabe de todos modos si va a seguir viviendo o no. Según lo que me has contado, Dios vive fuera del concepto del tiempo; por tanto ya ha sabido siempre si la tía Julia seguirá viviendo o no. Lo sabía incluso ya mucho antes de que naciera.

—Efectivamente, pero entonces sabía también ya si tú rezarías por ella o no.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Pero por qué mis raquíticos rezos pueden suponer alguna diferencia?

—Porque, en definitiva, el móvil de toda oración es el amor y porque el amor siempre supone una diferencia.

—¿Amor? Sí, si uno reza con ganas, quizá. Pero no si se hace muy a disgusto...

—Entonces puede incluso ser una oración mucho mejor. Para rezar sin tener ganas hay que violentarse. Y el dominio de uno mismo es un mérito. Puedes comprenderlo muy bien en la relación entre los padres y el niño. El niño que posterga una diversión para cumplir un deber...

—No estoy de acuerdo. Creo que sólo se debe rezar cuando uno siente deseos de hacerlo, de lo contrario se tratará de recitar monótonamente palabras vacías.

—No existe ningún campo de actividades humanas que pudiese prosperar siguiendo este principio. El soldado que sólo se incorpora a la formación, cuando tiene ganas...

—¡Dios no es un general!

—Entre otras muchas cosas es también el Señor de los ejércitos. ¡Lee la Biblia! Y el escritor, que sólo escribe cuando tiene una «inspiración», jamás llegará a ser nada. Genio es trabajo, dice Goethe. Hay ciertamente momentos en que se puede sentir la presencia de Dios y en los que uno se siente impulsado a hablar con él. Pero estos momentos son tan escasos como la inspiración del artista. No se puede permanecer quieto esperando que lleguen.

—Bueno, pues yo no tengo tiempo para rezar.

—Eso es una mentira como una casa y es o doble o triple. Mientes a Dios y me mientes a mí y posiblemente también te mientes a ti mismo. Para rezar despacio y con tranquilidad un Padrenuestro no se necesitan más de veinticinco segundos. Tienes tiempo de sobra y más que de sobra. Lo que no tienes es ganas. Además eres terriblemente descortés.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque ni siquiera quieres dar los buenos días o las buenas noches a tu Padre del cielo. Si hubieses tratado así a tu padre terrenal, te habría...

—Sí, sí, ése tenía todavía menos paciencia que yo.

—Y la cortesía es el mínimo. Además, existe algo así como el agradecimiento. Hay momentos en que un ateo me da muchísima pena.

—¿Por qué?

—Imagínate que le ocurre algo especialmente hermoso, una felicidad verdaderamente extraordinaria ¡Y el pobre hombre no tiene a nadie a quien dar las gracias por ello!...

EL BIEN Y EL MAL

En muchas cabezas bulle todavía la idea de que el bien y el mal son poderes «del mismo valor», antípodas inevitables y naturales, algo así como lo positivo y lo negativo.

El místico persa Manes basó su doctrina en este principio y nada menos que San Agustín fue durante algún tiempo uno de sus seguidores. Hasta el siglo XIII —una época en que se apreciaba más la lógica que en el siglo XX— no surgió una de las mejores cabezas de todos los tiempos, capaz de destruir una teoría según la cual, en definitiva, el demonio debía tener el mismo poder que Dios. La Iglesia la había condenado como herejía. Pero fue Tomás de Aquino quien encontró la solución para un problema que parecía no tener ninguna, y sabemos incluso en qué momento la encontró.

El dominico alto y corpulento era uno de los invitados a un banquete del rey Luis IX de Francia, el futuro San Luis. En lugar de participar en la conversación, Tomás permanecía silencioso y meditabundo. De repente levantó su brazo poderoso, golpeó con el puño fuertemente la mesa real y exclamó: «¡Así! Esto es lo que destruye a los maniqueos!». Silencio absoluto lleno de expectación. ¿Qué diría el rey ante un comportamiento tan contrario al ceremonial? Luis IX hizo lo que ya era típico en él. Inmediatamente mandó llamar a su

secretario con papel y recado de escribir para que escribiera enseguida lo que se le acababa de ocurrir a su invitado, con objeto de que no se olvidara.

El razonamiento que tuvo que anotar aquel buen hombre fue aproximadamente éste. El mal no tiene como el bien existencia substancial. No puede existir solo. Por el contrario, para su existencia, necesita de la existencia ya establecida del Bien. Se trata simplemente de una imperfección o una perversión del Bien. No tiene existencia por sí mismo, no tiene pues nada *en sí*, nada. Y eso lo vemos enseguida, si pensamos que se puede hacer algo bueno por un buen motivo, pero en cambio no se puede hacer nada malo por un mal motivo. Cualquiera que sea el mal que se pretenda hacer, siempre y sin excepción se hará por un motivo bueno *en sí*. El ladrón roba para enriquecerse y para proporcionarse cosas buenas con el dinero obtenido criminalmente, es decir, de mala manera. Un hombre asesina al enemigo odiado. ¿Por qué? Para recuperar la propia estimación satisfaciendo su venganza o para disfrutar con la espantosa agonía del enemigo. Pero no para perder la propia estimación o para disgustarse por la muerte del enemigo. El asesino quiere en definitiva proporcionarse algo «bueno» de forma depravada, infame, maligna; quiere un «bien» deformado y pervertido; pues recuperar la propia estimación o proporcionarse alegría son cosas buenas *en sí*. Lo que pasa en estos casos es que el camino que se sigue es malo.

El odio, el afán de venganza, el sadismo, cualquier tipo de acto de violencia, todos los delitos, todos, necesitan la existencia primaria (¡es decir anterior!) del Bien y todos los delitos se cometen porque el delincuente espera obtener de ellos algo bueno para sí. Por tanto, el Bien y el Mal no son iguales, no son antípodas naturales como lo positivo y lo negativo.

Que es lo que había que demostrar como dice el matemático.

Se había encontrado la fórmula fundamental para la solución del poderoso problema.

PREFIERO PASEAR POR EL BOSQUE

La Iglesia es sofocante y está enmohecida. La gente canta horriblemente mal. El pastor o sacerdote predica lugares comunes. Tampoco se sabe quién puede tocarle a uno al lado. No se puede sentir devoción cuando el vecino

- ✓ tiene un resfriado
- ✓ apesta a cebolla
- ✓ incluso a ajo
- ✓ se dedica a murmurar constantemente
- ✓ no para de moverse de un lado a otro.

(Tachar lo que no corresponda).

En estas circunstancias, no tiene ningún sentido ir a la iglesia. Dios existe, Dios es bueno, nos sentimos agradecidos. Pero también podemos darle las gracias en cualquier otro sitio. En el bosque reina el silencio, las flores florecen y no apestan a ajo, allí se puede sentir mucha más devoción. Prefiero ir al bosque, allí me encuentro mucho más cerca de Dios (en lugar de bosque puede ponerse: mi jardín, junto al mar, a orillas de un lago, en la naturaleza tonificante).

¿Conoce Vd. al señor que habla así? Le conocemos todos. No es ningún caso raro. No seamos maliciosos preguntándole cuándo estuvo la última vez en el bosque o si de verdad cuando dice «bosque» se refiere en realidad al campo de golf, a un viaje en barco o a lo mejor sólo al aperitivo. Es mejor darle un margen de confianza haciéndole la concesión de que efectivamente se puede sentir una gran devoción en medio de la naturaleza. Seguro que nadie se opone a que vaya al bosque, ni siquiera Dios. Pero debería ir antes a la iglesia. Pues lo que

importa —y disculpen Vds. por favor— no es lo que más le apetece. Lo que importa es lo que quiere Dios. Ahora protesta, naturalmente. Es cristiano, ha leído el Nuevo Testamento, «¡Jesucristo predicaba en la montaña, al aire libre, en el lago desde el bote, así que ya ve!». Eso es cierto, pero también —y con mayor frecuencia— en el templo. Claro que cuando quería predicar para cinco mil personas tenía que hacerlo al aire libre, pues no existían templos tan grandes, excepto en Jerusalén (donde efectivamente predicaba en el templo).

Lo que se celebra en los templos, en las iglesias, es servicio divino. Se trata de servicio y no de provocar sentimientos edificantes paseando solitario por el bosque. Ningún servicio es siempre agradable. ¿Qué diría su superior *terrenal*, estimado amigo de la naturaleza, si Vd., en lugar de ir a la oficina, al laboratorio o a la fábrica, se fuera al bosque, porque allí puede Vd. concentrarse mejor que en la empresa?

Temo que le echarían muy pronto. Y entonces efectivamente dispondría Vd. de mucho tiempo para pasear por el bosque. ¿Acaso pretende Vd. proponerle a Dios lo que jamás se atrevería a proponer al jefe de oficina, al jefe médico, al director de fábrica? Y si Vd. mismo fuese jefe de oficina, médico jefe o director de fábrica, ¿daría Vd. ese ejemplo a su personal? El bosque es el bosque y el servicio es el servicio.

LA LIBRE VOLUNTAD

Existen todavía personas que niegan la libertad de la voluntad humana. Sin duda no voluntariamente. La niegan —de acuerdo con su propia teoría— porque no tienen otro remedio. Y otros la afirman, también porque tienen que hacerlo. De hecho, toda esta gente está convencida de que obramos con li-

bertad sólo algunas veces. En realidad obedecemos a toda clase de impulsos.

Si esta teoría fuese cierta, entonces no existirían ni el crimen ni el pecado. No sólo el asesino que mata en un «acto personal», sino también el criminal más depravado, que planeó su crimen con toda frialdad durante semanas, no hace más que lo que tiene que hacer. Moralmente no se podría, pues, castigar nunca a nadie por nada.

Pero, ¡alto ahí! De acuerdo con la teoría de esta gente, «tenemos que» castigar; pues lo hacemos, y nada de lo que hacemos lo hacemos voluntariamente. Y para esta gente no existe la moral. No serán necesariamente inmorales, pero desde luego serán amorales. Con esto desaparecen también los conceptos del bien y del mal, tan pasados de moda. Cada uno hace sólo lo que tiene que hacer. Desaparece también toda responsabilidad. Nos movemos exclusivamente por impulsos, como otros animales. Lo que resulta curioso es que los defensores de esta teoría se indignan muchísimo cuando alguien hace algo que no les gusta. Si doy una bofetada a uno de estos negadores de la libre voluntad, no piensa ni por un momento, que lo he tenido que hacer por causa de mis impulsos, sino que se pone furioso, grita y va corriendo a denunciarme para que me castiguen. Y también continúa hablando alegremente de las cualidades «más elevadas» y «más inferiores» del hombre. ¿Pero qué baremo utiliza para medir lo que es más elevado o más inferior?

No puede discutirse el hecho de que la libre voluntad del hombre está expuesta a las influencias más variadas. Ya un pequeño malestar físico puede influir en nuestras decisiones, y no digamos la influencia que ejercen los rasgos fundamentales de nuestro carácter, nuestra educación y nuestro ambiente y muchas otras cosas.

Y sin embargo, en muchas situaciones tenemos la opción de tomar decisiones de las que somos plenamente responsables. Por muy fuerte que sea la influencia del carácter y la educación y demás» no estamos esclavizados.

Es con nuestra voluntad con la que podemos convertirnos en monstruos o en santos. Es con nuestra voluntad con la que nos preparamos el cielo o el infierno.

La libre voluntad es el regalo más extraordinario y al mismo tiempo el más peligroso, que Dios ha hecho al hombre; pues con esa voluntad podemos decidirnos a favor o en contra de Dios. Y lo inmediato es plantearnos el interrogante de por qué se nos ha concedido.

La pregunta del por qué no puede recibir respuesta de Dios. Para ello es demasiado grande la distancia entre el Creador y la criatura. No sólo para la mariposa o para el gusano, sino también para el caballo o el perro, mucho más inteligentes, o incluso para el chimpancé o el gorila muchas motivaciones humanas serán siempre un enigma. Si no fuera así, estos animales serían ellos mismos hombres. Si pudiéramos entender todos los actos de Dios, seríamos nosotros mismos dioses.

No obstante, en el caso de la concesión de la libre voluntad no nos hallamos ante un enigma total. El móvil de toda obra creadora es en definitiva el amor. La creación es un acto de amor. «Rebosamos», tenemos que comunicarnos, por medio de la palabra, el sonido o la forma. Y nos acordamos de que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios. Es decir, que somos Su obra y llevamos el sello del más grande de todos los artistas. También su Creación es un acto de amor. Lo que en ella —y en nosotros— no es perfecto, lo que se ha convertido en malo, agrio y amargo, ha sido estropeado por nosotros —y por otros—. «En el principio» era perfecto. Dios nos ha creado

«tendiendo hacia Él», dice San Agustín, y concluye: «y nuestro corazón no encontrará la paz hasta que no descansa en Ti».

El amor a Dios nos proporciona plenitud, sí, es nuestra plenitud. Pero para ser capaces de este amor, hemos de tener una voluntad libre, pues el amor no es amor si no se otorga voluntariamente. Por eso recibimos ese grandioso y peligroso regalo. Y en seguida abusamos de él. En lugar de amor a Dios nos hemos convertido a nosotros mismos en nuestro propio centro. Nuestro amor se convirtió en amor propio, egoísmo. Y este egoísmo es nuestra enfermedad y la del mundo en que vivimos. Esta es la historia de nuestra caída, el principio de nuestros sufrimientos, nuestras infamias y mezquindades, el primer motivo para el dolor y la desgracia, para el crimen y la guerra, para la enfermedad y la muerte. Pero el omnisciente tenía el antídoto...

EL ANTÍDOTO

«Dios es omnisciente», aprendemos. Por tanto tuvo que saber que nosotros los hombres abusaríamos del don que nos hizo de la libre voluntad. O sea, que en definitiva es culpa suya el que haya sucedido así. En definitiva, es Dios quien tiene la culpa de todo».

Con esta lógica falsa intentamos cargar a Dios con nuestras propias culpas. Siempre hemos sido cobardes morales. Ya el propio Adán intentó echar la culpa de su pecado a Eva. El error básico consiste en que aplicamos de modo totalmente erróneo el concepto de omnisciencia. Y esto lo nacemos porque nos imaginamos a Dios como a un hombre omnisciente.

Nosotros los hombres vivimos en el *tiempo*, es decir en un continuo discurrir de las cosas. Dios, sin embargo, vive fuera del tiempo. Para nosotros existe el pasado, el presente y el

futuro. Para Dios todo es un eterno *ahora*. Por tanto no tiene ningún sentido hablar de que Dios sabía (pasado) lo que pasaría (futuro). Dios *sabe*. Para nosotros el presente es un instante mínimo, ya se ha convertido en pasado. Para Dios todo es presente. Y precisamente por eso es omnisciente. El no prevé — como el profeta—. El ve. Para Él no existe ni antes ni después. El concepto de tiempo es, como todo lo demás, parte de su Creación. Pero Él está por encima de su Creación y por ello por encima de todo lo temporal. Él crea al hombre (nosotros decimos: creó). El sabe (nosotros decimos: sabía) que el hombre peca (ha pecado). El posee el antídoto ¿Cuál es el antídoto contra la debilidad y la maldad? Todas las madres lo saben. Precisamente para la oveja negra, para el hijo malo y perverso, ellas sienten el doble y el triple de amor. Dios responde a nuestra caída con un Amor inmenso. Su antídoto es hacerse hombre Él mismo soportando en la cruz nuestras culpas, todas las culpas de todos los hombres de todas las épocas.

Y este hecho es el que eleva al cristianismo por encima de todas las demás religiones. El inocente ha cargado con nuestras culpas. Al hacerse hombre Cristo se ha convertido en hermano nuestro. Por eso nos enseñó a llamar «Padre» al Creador del universo. De criaturas de Dios nos convertimos en hijos de Dios. Esta es la respuesta del Amor. Este es el antídoto.

¿TIENE USTED CONCIENCIA?

«La conciencia, nos dicen los queridos marxistas, es un invento de la burguesía para provocar en el proletariado sentimientos de culpabilidad y con ello mantenerle enca-

denado». Cinco minutos más tarde apelan a nuestra conciencia ante la miseria y los sufrimientos de la clase proletaria.

Pero también desde perspectivas no marxistas se niega con frecuencia la existencia de la conciencia. Se dice que el concepto es poco moderno, que pertenece a una época ya superada. Hoy sabemos que se trata tan sólo de convencionalismos y del llamado instinto gregario. Es necesario que existan algunas leyes según las cuales el individuo debe sacrificar algunas veces sus propios intereses en favor de la «grey». Teniendo en cuenta que la grey le proporciona muchas ventajas, este sacrificio queda más que compensado, y así el instinto gregario sirve en definitiva al más fuerte de los instintos, al instinto de conservación. Ayudamos a los demás, porque entonces podemos esperar ayuda de ellos.

Reflexionemos sobre ello. Un hombre camina solitario por la calle de noche y oye un grito de auxilio.

C (el instinto de conservación) dice: «¡No vayas, te pondrás en peligro!»

G (el instinto gregario) dice: «¡Tienes que ir, un miembro del rebaño necesita tu ayuda!»

C advierte: «¡Para ti tú eres el primero!» G advierte a su vez: «¡Es cierto, pero si no vas te desacreditarás ante la grey, te señalarán con el dedo, te rechazarán, quedarás marcado!»

C «¡Imbécil! Pero si está oscuro, nadie te ve y nadie sabe que pasas casualmente por aquí. Vete a casa y todo estará en orden!»

Y como el instinto de conservación es en definitiva el instinto más fuerte y en pura lógica tiene razón, nuestro hombre le sigue y se va a su casa. Ahora debería felicitarse a sí mismo por haberlo hecho tan bien y acertadamente. Su posición en el rebaño no se ha debilitado y a pesar de ello ha podido escapar del peligro. En cambio, lo que sucede es que no puede ni mirarse al espejo. Está furioso consigo mismo. Sufre. ¿Por qué?

Porque sí hay alguien que sabe cómo ha actuado. El mismo lo sabe; y él no sólo tiene instinto de conservación e instinto gregario, sino además otra cosa, un juez incorruptible, la conciencia.

Y hay otro más que lo sabe. *Conciencia* no es lo mismo que ciencia. *Conscientia* se dice en latín: consabiduría, complicidad. Y el cómplice es Dios.

SUFRIMIENTO Y DOLOR

Hay sufrimiento cuando se separan cosas que deben estar unidas. Y el sufrimiento produce dolor.

Tengo una herida en el brazo. La piel y los tejidos, que van unidos, se han separado y duele. Dos amantes son separados. Duele. Y todo el sufrimiento humano reproduce el sufrimiento original: la separación del hombre de Dios. Hemos sido creados por Él y hacia Él. Sólo con Él y en Él acabará nuestro sufrimiento. Pero el sufrimiento también puede producirse cuando se unen cosas que no van unidas. Un cuerpo extraño en el ojo, personas que se odian y sin embargo se ven obligadas a permanecer juntas.

Con el dolor físico ocurre algo muy curioso. El dolor no empieza a sentirse como tal hasta un grado determinado. El calor es agradable. El calor sofocante agobia. Pero no sentimos dolor hasta un grado determinado de calor. Quien después de una larga caminata extiende sus miembros cansados y doloridos siente un bienestar muy superior a otras veces. El hambre duele y la sed todavía más. Pero a cierta medida de estos dolores la llamamos apetito, y al satisfacerlo sentimos un bienestar mucho mayor que si bebiéramos y comiéramos sin apetito.

Hay enfermos a los que hubo que seccionar el nervio simpático. No sienten nada. Pero no sólo por lo que respecta al

dolor. La sensación de dolor misma puede sernos de gran utilidad. El insensible puede quemarse la mano hasta los mismos huesos antes de darse cuenta de que ha entrado en contacto con la llama de su cerilla o con el leño ardiente de la chimenea. El dolor es un avisador, también como heraldo de la enfermedad. Lo más infame del cáncer es que no duele cuando es incipiente, de forma que muchas veces no llega a descubrirse hasta que ya es demasiado tarde. Por tanto, el dolor físico no siempre es inútil. El dolor psíquico es uno de los mayores estímulos que existen para hacer grandes cosas.

El dolor psíquico fue la base de las obras más nobles de la poesía y la literatura. Nadie ama el dolor excepto el perverso (y aun éste, sólo como fenómeno concomitante), por el contrario, todos lo tememos. Incluso el propio Jesús, al tener ante sus ojos el indescriptible dolor del Viernes Santo, ruega en el huerto de Getsemaní que Dios aparte de Él ese cáliz. «Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya», concluyó. Desde entonces sabemos cómo hemos de comportarnos ante el dolor inevitable.

EL SUICIDIO

Entre muchos pueblos paganos el suicidio estaba considerado como un acto honorable y respetable. El filósofo griego Empédocles se suicidó saltando dentro del cráter del Etna en erupción. El estoico romano, que estaba harto de la vida, hizo que un esclavo experto en medicina le abriese las venas (en la época imperial predominó el número de los que se hacían abrir la venas, porque el emperador consideraba que ya habían obtenido bastante de la vida...). Después de perdida la batalla, el general se dejó caer sobre su espada. Los héroes

germánicos se suicidaban cuando su rey o su príncipe morían en la batalla.

Pero también en el siglo XX continuaba existiendo esta «salida honrosa». El samurai, el noble japonés, se hacía el haraquiri (una forma de suicidio especialmente dolorosa abriéndose la cavidad abdominal), bien fuera como manifestación de luto por la muerte de su emperador, bien como penitencia por su comportamiento imperfecto en el servicio a su patria.

El oficial alemán de la época imperial se pegaba un tiro en la cabeza cuando no podía pagar sus deudas, y con ello evitaba ser «licenciado». Los dos altos oficiales que detuvieron al coronel austríaco Redi (que había vendido a los rusos los planes de concentración de sus tropas), le dieron un revólver y media hora de tiempo. Redi se mató.

Al capitán francés Dreyfus, acusado de alta traición, se le concedió la misma «gracia». Dreyfus, que era inocente, tuvo la suficiente sensatez de renunciar. Hasta hace muy poco se consideraba un gran honor que un capitán se hundiese con su barco, con lo que originaba a su país o por lo menos a su compañía naviera, además de la pérdida del barco, la de un hombre de mar con una experiencia de más de veinte años.

Jugadores de fortuna medio locos juegan a la «ruleta rusa» con un revólver de cuyas seis cámaras sólo hay una cargada. Las estrellas de cine toman sobredosis de pastillas para dormir, porque se ha fugado su sexto u octavo marido, pero generalmente se encargan de que alguien digno de confianza se entere de ello a tiempo, para despertar después en el papel de belleza trágica en el hospital, haciendo que las retraten enseguida (en ninguna foto suele salir la bomba de estómago).

Y un ejército de pobres hombres atormentados que «no encuentran ya ninguna salida», se envenenan con gas, con

sobredosis de éste o aquél medicamento, o se tiran al agua o por la ventana o al paso del tren...

¿Cuántos de ellos se dan cuenta de que un suicidio es también un asesinato? Alguno de los nuevos paganos han inventado la expresión más delicada de «muerte de liberación», que es una mentira muy peligrosa. Pues el suicidio es todo menos un camino hacia la libertad y, afortunadamente, sólo muy raras veces es una elección libre.

Sí, efectivamente existe una muerte voluntaria, honrosa en grado máximo y por tanto también cristiana en el mayor grado: la muerte para salvar a otra persona, la muerte por el amigo o los amigos.

El propio Cristo murió así y sus amigos son la humanidad. Con su muerte compró nuestra vida eterna.

Por lo demás, el cristiano no puede arrojar a los pies del Creador el regalo divino de la vida por difícil que ésta sea, por muy torturada y miserable. No puede destruir algo que no le pertenece. No somos los propietarios de nuestras vidas. No nos pertenecemos a nosotros mismos. Tenemos un Señor ante el que hemos de dar cuenta de nosotros mismos.

CRISTIANO Y JUDIO

En tanto que el cristianismo es de origen humano, es de origen judío. Para todo el que quiera ser cristiano es muy importante no olvidar esto jamás.

Todo lo que era humano en Cristo, era judío, a no ser que excluyamos a Ruth, la moabita, una de sus antepasadas, bisabuela del rey David. Los apóstoles eran judíos. Los primeros cristianos y los primeros mártires fueron en su mayoría judíos. Sí, tan judío era el cristianismo incipiente, que durante mucho tiempo se discutió muy seriamente el problema

de si un no judío no debería hacerse primero judío para abrazar el cristianismo.

Los judíos eran realmente el «pueblo elegido» de Dios, elegido para una misión doble. Eran ellos los que tenían que mantener viva la idea del Dios único; un pueblo pequeño, rodeado de vecinos poderosos, que creían en los numerosos dioses de la naturaleza, en Isis, Toth, Anubis y Ammon-Ra, en Marduc y Nergal, en Baal y Astarot, en Zeus y Afrodita, en Marte, Mercurio y en la Diana de los múltiples pechos de Éfeso. Los judíos se aferraron a su Dios con obstinación y perseverancia, y cuando estaban en peligro de sucumbir a la tentación permanente, aparecía uno de sus poderosos profetas y los conducía de nuevo al camino de la fidelidad. La segunda parte de su misión era que de sus filas nacería el Mesías, el «Ungido» (en griego: Christos), el Redentor. Pero en el transcurso de los años la figura del Redentor del mundo, «que procedía de toda la eternidad», anunciado constantemente por los profetas, se había transformado en la idea de un liberador de la nación judía.

Siendo prisioneros de babilonios, asirios, persas y romanos, los judíos esperaban anhelantes la llegada del Mesías como rey de su nación. Para muchos debió de ser una decepción muy grande el que Jesús rechazara en más de una ocasión la corona real. Pero la mayor enemistad la encontró entre los rabís farisaicos, para los que la letra de la ley lo era todo, y entre la corrompida camarilla de los saduceos (introducida por los romanos), que temían que se acabaría su poder si llegaba a gobernar el «nazareno». Es cierto que el consejo supremo, compuesto por fariseos y saduceos, fue quien dictó la sentencia de muerte, también es cierto que presionaron por todos los medios para que el gobernador romano confirmase esta sentencia y permitiera su ejecución, casi obligándole. Es cierto también, finalmente, que la muchedumbre presente en el

proceso aceptó la responsabilidad de la sentencia: «Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

Pero esta muchedumbre estaba formada por unas dos mil personas —suponiendo que fueran tantas— y en aquella época había por lo menos medio millón y hasta posiblemente un millón de peregrinos judíos en Jerusalén y sus alrededores, que no supieron absolutamente nada de este proceso.

No se puede hacer responsable al pueblo judío en su totalidad por aquel horror, como se ha venido haciendo muchas veces. Ser antisemita como cristiano no sólo es monstruoso, sino que es una paradoja: pues espiritualmente, *como cristianos*, somos ... semitas. Y como cristianos deberíamos saber que los pecados de todos los hombres hicieron necesaria la crucifixión de Cristo, vuestros pecados y mis pecados, y que por eso, si queremos plantearnos la cuestión de la culpabilidad, deberíamos empezar por nosotros mismos.

¿POR QUÉ A ÉL LE VA MEJOR QUE A MI?

¡Los malvados, los desaprensivos, los egoístas natos, éstos son los que triunfan! Viven en villas elegantes y beben champán, viajan a la Riviera, se divierten en Marbella gastando una millonada, todo el mundo les hace reverencias y pueden tener todo lo que quieran.

Y nosotros nos matamos a trabajar, vivimos con decencia y nos podemos dar por contentos si conseguimos abrirnos camino medianamente. Si existe un Dios justo, ¿por qué les va entonces bien a los malos, y a los buenos mal?

De esta acusación existen naturalmente numerosas variantes, pero en definitiva todas van a parar a lo mismo. Si Dios fuera justo, a los malos no debería salirles nada bien y a los buenos todo. Y yo, yo ¡naturalmente! soy bueno. _Y ese

que lo ha «conseguido» es ¡naturalmente! malo. A" veces, surge de inmediato un pequeño apéndice mordaz: «Usted dirá, desde luego, que al otro le irá muy mal en la vida eterna y a mí muy bien. Pero eso aquí no me sirve de nada». Y detrás de esto se esconde la frase: «Además, quién sabe si eso de la vida eterna será cierto al fin y al cabo».

Este planteamiento puede ir mucho más lejos: ¿Por qué A es inteligente y B tonto? ¿Por qué la señorita C es guapa y la señorita D, expresándonos con cortesía, menos guapa? ¿Por qué E está sano y F enfermo? ¿Por qué G vive en un país azotado por las guerras y H en un país en paz ? ¿Por qué la señora 7 da a luz seis hijos y la señora / ninguno? ¿Acaso el mundo es una lotería?

En definitiva la idea que subyace en este planteamiento es la de que un Dios justo deberá hacer que la vida de los hombres en la tierra transcurriese conforme a los méritos que nosotros vemos en ellos. Y si Dios se atiene a esta receta, quedaría inmediatamente desenmascarado como injusto: bastaría con que a una sola persona buena le fuese mal en su vida y a una sola persona mala le fuese bien. Según esto, un solo asesinato convertiría a un hombre en asesino; un solo robo, en ladrón; una sola injusticia, en injusto. Además, se entiende que irle a uno bien en la vida significa villa, Riviera, Marbella, etc., es decir, poseer una especie de primitivo Paraíso-en-la-tierra.

Si Dios siguiese esta receta inmediatamente se expondría a cientos de acusaciones, porque en realidad seríamos *nosotros* los que nos erigiríamos en jueces, determinando a quién le debería ir bien la vida y a quién le debería ir mal. Y ¿qué pasa con nuestra propia justicia? Ya el hecho de que nos consideremos buenos es suficiente para juzgarnos. Es una mentira presuntuosa. Y lo bueno o malo que puede ser el otro, de eso sabemos muy poco. A esto hay que añadir que nuestra naturaleza se inclina casi siempre a acostumbrarnos

rápidamente a deleites materiales, a considerarlos naturales, a convertirnos en hartos, pedantes y orgullosos, pero sobre todo: lo más opuesto a felices.

Conozco a muchos millonarios, pero ninguno feliz. Cada uno de nosotros está destinado para una tarea totalmente individual, incluso el enfermo F y la nada agraciada señorita D. Y lo más estúpido y equivocado que podemos hacer es comparar nuestra propia vida con la de otro, llenos de envidia o con arrogancia despreciativa. ¿Por qué vive el papagayo cien años y el caballo treinta? ¿Por qué un hombre ochenta y el otro sólo veinte? Quien como nosotros sólo puede abarcar un sector mínimo de la vida y, en el mejor de los casos, sólo domina la pequeña tabla de multiplicar de la justicia, será preferible que se abstenga de juzgar. Cristo lo ha expresado con toda claridad. «¿Qué te importa a ti eso? ¡Sígueme TU!».

LOS NOVENTA Y NUEVE JUSTOS

Cuando yo era joven, recuerdo haberme indignado por la historia. ¿Cuál?: Que en el cielo habrá mayor alegría por un pecador arrepentido que por noventa y nueve justos. ¡Qué injusticia! Los noventa y nueve han sido toda una vida personas buenas y honradas, se han portado decentemente, han cumplido con sus obligaciones, han pagado sus impuestos, han cumplido los mandamientos, lo que no siempre resulta fácil. Se han apartado de las tentaciones, no han sido culpables de nada o apenas de nada. Y cuando después de todo esto llegan «allá», entonces resulta que esto está muy bien, pero no es nada extraordinario. El pecador en cambio, sólo porque está arrepentido, recibe trato de favor. Probablemente se habrá divertido mucho, habrá participado en todo y tomado posesión de todo, tanto lo permitido como lo prohibido. Poco antes de la

hora del cierre se ha arrepentido rápidamente de lo prohibido y «allá» van y extienden para él la alfombra roja.

¿Será posible que el cielo le prefiera a él, el hijo desnaturalizado, más que al hijo ejemplar, como una madre que no escarmenta? Tardé mucho tiempo en darme cuenta del asunto. Los noventa y nueve justos habían recibido un buen carácter del que no son responsables. No les resultó pues demasiado difícil comportarse bien. Vivieron ordenada y cabalmente sin grandes complicaciones y alcanzaron por fin su meta. Era como si caminasen a través de un puente muy largo —toda una vida—, pero seguro.

Cuando un hombre camina por un puente seguro y llega al otro lado en buenas condiciones no creo que pueda esperar encontrarse allí con un comité de recepción para felicitarle por su hazaña. En cambio, el pecador tiene mal carácter, del que tampoco es responsable. Tiene que luchar, y no siempre sale adelante sin derrotas. Ha sido como un hombre que tenía que cruzar un río muy ancho —la anchura de toda una vida—, sin puente y, además, con rápidos y quizá incluso lleno de peces voraces. Desde la otra orilla observan su lucha. Se reúne una gran muchedumbre, que le contempla expectante, sin aliento. ¿Lo conseguirá o no? Ahora parece que se hunde; no, allí aparece de nuevo, ahora el rápido lo arrebata con violencia espantosa; pero no se da por vencido, continúa nadando... ¡lo consigue! Y la multitud le rodea, estrechan su mano, le dan palmadas en la espalda. Gracias a Dios, ha ganado, ha llegado con vida.

MI HIJO HA MUERTO

«Mi hijo ha muerto. Dios no existe». ¿Qué se puede contestar a la pobre madre que ha perdido lo que más quiere en

la tierra? Poco..., mientras esté expuesta al primer embite espantoso del dolor. Hay que darle amor, hay que acompañarla en el dolor y sufrir con ella. Solo más tarde, cuando vuelve a ser capaz de pensar, las cosas cambian y se le puede ayudar a comprender lo incomprensible.

Nuestra deuda con Dios es la muerte. Y no somos nosotros los que fijamos el día y la hora del pago, sino Él. ¿Pero por qué precisamente mi hijo? ¿Por qué no concederle la vida, una vida- humana completa en todos sus períodos? ¿Por qué arrancarlo de la vida antes de que haya llegado a experimentar nada?

Lo espantoso en nosotros es que no nos solemos plantear esta pregunta hasta que nos afecta a nosotros mismos, en nuestra familia, a nuestro propio hijo. Si le ocurre al vecino, pronto lo apartamos del pensamiento. Si le ocurre a un extraño, lo lamentamos un momento y muchas veces no sentimos nada en absoluto. Pero ¿es que acaso no sabemos que están muriendo niños a cada instante? ¿Nacidos y no nacidos?, lactantes, niños y niñas pequeños, que ni siquiera saben hablar, o que acaban de aprender su primera oración a ese Dios que luego permite que un coche le atropelle o que sea afectado por una enfermedad dolorosa y mortal. Sucede todos los días. Si esto es injusticia, ¿cómo hemos podido creer durante tanto tiempo en el Dios justo y hemos dejado de creer cuando nos ha sucedido a nosotros? ¿Cómo era posible que llamásemos justo a Dios cuando sólo parecía ser justo para con nosotros, mientras estaba dando a otros diariamente signos de una in-justicia? Así de poco es lo que hemos amado a nuestros semejantes, y tanto lo que nos amamos a nosotros mismos ¿Pero que es lo que sabemos en realidad de la justicia divina?

Exigimos que se deje con vida a nuestro hijo, a pesar de que su vida es totalmente desconocida para nosotros. No tenemos ni idea de lo que el pequeño habría hecho de su vida;

tampoco sabemos lo que le habría sucedido, lo que habría tenido que sufrir, y de qué forma habría soportado ese sufrimiento. Y nos comportamos como si supiésemos más que Dios y como si hubiese tenido la obligación de conservar al pequeño con vida, dejarle crecer, elegir una profesión, casarse y procrear hijos. Con setenta y cinco, con ochenta años podría haberle llamado. Sí, incluso la forma de muerte se la queremos imponer a Dios que murió por nosotros en la cruz. Y con todo esto olvidamos *a dónde* ha llamado Dios al niño. Nos comportamos como faltos de fe; sí, en esos momentos grandes y extraordinariamente importantes *somos* faltos de fe. Hemos olvidado que el niño no vive ya sólo a nuestra manera, sino que *vive* verdaderamente, que repentinamente ha alcanzado la cumbre, hacia la que nosotros caminamos penosamente y con una gran carga a nuestras espaldas, cumbre que sólo conseguiremos alcanzar nosotros mismos si nos hacemos «como niños». Hemos olvidado quién somos. Hemos olvidado lo que es un niño. Y hemos olvidado quién es Dios.

Lo único que explica esa tristeza es nuestro egoísmo, nosotros mismos, que tenemos que renunciar a tener al niño a nuestro lado. De momento. ¿Pero acaso nuestro egoísmo puede ir tan lejos que no nos alegremos de la gran felicidad de nuestro hijo, reprochando a Dios que se la haya concedido?

CONTRA LA TOLERANCIA

La tolerancia no es ninguna virtud. En el mejor de los casos es una debilidad amable. Y es muy típico de la confusión de ideas de nuestra época el que para muchos sea una virtud y que creamos alabar a una persona tachándola de tolerante.

Tolerancia significa consentimiento. Y consentir algo significa aceptarlo o permitirlo aunque uno no esté de acuerdo

con ello. Es un concepto totalmente pasivo, y con demasiada frecuencia sirve de tapadera para los verdaderos motivos por los que se consiente: indiferencia y cobardía. Federico II de Prusia fue un hombre tolerante cuando se trataba de cuestiones religiosas. «Cada persona debe alcanzar la vida eterna a su manera», fue su famosa frase. Era ateo, la religión no significaba nada para él y por eso le era totalmente indiferente la fe que pudiera profesar su pueblo. Cuando una cuestión no le resultaba indiferente, tampoco era tolerante. La tolerancia es en el fondo la forma más inferior de colaboración. Y está claro que, precisamente por eso, nos impone una responsabilidad personal, pues en definitiva lo que toleramos es lo que consentimos.

Quien tolera el mal se hace cómplice. Puede demostrarse claramente que la tolerancia no puede ser una virtud, porque no existe ninguna virtud que contradiga básicamente la esencia de otra virtud. El sentido del ahorro y la generosidad sólo son contrastes aparentes y pueden muy bien ir juntos. La verdad, en cambio, es esencialmente intolerante. La verdad protesta contra *todos* los demás resultados de esta suma: dos y dos son cuatro. Sólo acepta cuatro; y tampoco admite que el cinco sea número par. A esto hay que añadir que el concepto de tolerancia lleva implícita además cierta dosis de arrogancia. Tolero la proximidad de otra persona —¡qué despectivo por mi parte!—. Tolero el ruido que hacen los niños al jugar. ¿Por qué? Porque los pequeños deben divertirse, ¡uno también ha sido joven!

No hay que confundir la tolerancia ni el consentimiento, con la paciencia que nace del amor; la simple tolerancia carece de amor por su propia naturaleza. La tolerancia, en el mejor de los casos, es hermanastra de la paciencia, no tiene nada en absoluto que ver con el amor; sin embargo, navega casi siempre o con mucha frecuencia bajo esa bandera. El amor y la paciencia, llamados erróneamente tolerancia, no toleran la

maldad, lo torcido, por indiferencia, sino que están dirigidos hacia el prójimo, respetando la libertad de su conciencia incluso cuando hace algo que es en sí erróneo o malo, lo mismo que el Señor deja crecer las malas hierbas hasta el momento de la cosecha, para evitar que al quitar la cizaña pueda arrancarse también el fruto bueno (*Mateo*, 13, 28-30).

No estoy defendiendo precisamente la intolerancia en sí. Lo contrario de un chichón en la frente es un agujero en la frente; ¡tampoco es agradable!

BUSCADORES DE PROSÉLITOS

Al Cristianismo se le han hecho todos los reproches que existen. Que es demasiado fácil (p. ej., va uno corriendo a confesarse, suelta rápidamente los pecados y sigue pecando alegremente) y demasiado difícil (¿cómo puede amarse a los enemigos?, ¿cómo puede uno permanecer «puro»?); es excesivamente blando (¡poner la otra mejilla!) y demasiado belicoso (véanse las Cruzadas). Es sólo para los reyes y quizá también para los nobles; es la religión de los esclavos. Es demasiado rico y ostentoso, y es demasiado pobretón y mezquino. Todo es rito y superficialidad, y todo es ascetismo y moralización. Es demasiado judío y es antisemita. Todo es sólo fe ciega, y es sofisticación peligrosa. Es demasiado corto y demasiado largo, demasiado elevado y demasiado profundo, demasiado estrecho y demasiado ancho... Resumiendo, cualquier palo está bien, si sirve para atacar al Cristianismo. Pero quizá el más estúpido de todos los reproches estúpidos sea que el Cristianismo intenta constantemente hacer prosélitos.

Un prosélito es un nuevo converso. Se pretende pues que el Cristianismo no «haga» nuevos conversos. Si se hubiese cumplido el deseo de esos débiles mentales, es evidente que no

habría existido nunca el Cristianismo. ¿O es que lo que quieren decir es que a partir de ahora, a partir de una fecha determinada, de un año determinado, debemos dejar de convertir a los hombres a Cristo? Lo más incomprensible (y fundamentalmente repugnante) de esto es que esta exigencia demencial procede a veces de cristianos (bueno, por lo menos de personas que se llaman cristianas). Ellos mismos están ya «dentro» y ¿qué importan los que todavía no están?

Dejemos, pues, al señor M'boro de la tribu Wagunda que siga rezando a su fetiche, parece estar muy satisfecho con él y, si no lo está, no tiene más que echarlo al fuego y tallarse otro. Dejemos que el señor Haywaka continúe creyendo que su emperador desciende de la diosa del sol Amaterasu-O-Mi-Kami, y al camarada comunista, que el Estado comunista o la clase obrera o (por mí también) Lenin son el buen Dios. Dejemos al señor García tan convencido de que lo único que importa es la cuenta bancaria (o a la señorita Martínez) ¿Acaso somos los guardianes de nuestros hermanos?

Eso es precisamente lo que somos. El que planteó esta pregunta por primera vez había asesinado a su hermano. Y nosotros asesinamos —espiritualmente— a nuestros hermanos, si les privamos del mensaje que nos ha sido encomendado en confianza. Cristo dijo expresamente: «Id y predicad a todos los pueblos». Y quien no está con Él, está contra Él.

EL CIENTÍFICO

«El científico es el sacerdote de la Edad Moderna», se oye hoy con mucha frecuencia. Se alza la vista hacia él, se le mira con profundo respeto, se cree lo que dice (¿qué otro remedio nos queda? Él ha estudiado su asunto y nosotros no. El *sabe...*). Su palabra es dogma. Sus ornamentos son blancos. Y

numerosos monaguillos le llenan de incienso con cualquier motivo.

Bien, hoy es un hombre considerablemente más razonable que hace unos cincuenta años. Entonces opinaba: «Sabemos muchísimo; dentro de un par de generaciones lo sabremos todo». Hoy dice: ¡«Sabemos muy poco y cuanto más sabemos, tanto más comprendemos cuántas cosas nos quedan por saber y que la mayoría de las cosas probablemente no las sabremos jamás!». Y «Sabemos cada vez más y más, de cada vez menos y menos!».

Eso es humildad. Y la humildad es el verdadero principio de la sabiduría. La palabra humildad significa sumisión, es decir voluntad de servicio.

No hace todavía cien años, el científico solía decir: «¡Sólo creo lo que veo!». Hoy sabe que precisamente de lo que ve es de lo que no puede fiarse; pues nuestros sentidos son toscos y poco dignos de confianza. Cuando sumergimos en el agua un palo recto, veremos un ángulo que en realidad no existe. El «sólido» cuerpo humano es en realidad una masa de células, y esas células a su vez son acumulaciones gigantescas de átomos que se mueven a velocidad de vértigo. Ningún científico ha conseguido ver un átomo, pero sabe que existe, lo mismo que sabe que incluso fuera de la esfera visual del ultramicroscopio existen todavía virus invisibles.

Y cuando en El Álamo, en Nuevo Méjico, ascendió al cielo la espantosa seta venenosa de la primera bomba atómica, su principal constructor, el Dr. Robert Oppenheimer exclamó consternado: «Nosotros los físicos hemos inventado el pecado». Decir esto significa un gran paso adelante. Tarde o temprano todos comprenderán que la ciencia no es otra cosa que el intento del hombre por investigar la voluntad de Dios en la naturaleza.

¡MI QUERIDO TÍO ATEO!

Eres tan inteligente y tranquilo, siempre con un poco de aire de superioridad y te gusta ser algo irónico. Con las personas creyentes tienes mucho tacto, no te gusta discutir con ellos; ¿para qué quitarles su chifladura?; la necesitan, en su debilidad necesitan algo en que poderse apoyar, o se trata de gentes sencillas, que no hacen más que repetir lo que les han enseñado el pastor o el párroco.

Tú en cambio eres fuerte, tú no necesitas eso, y tú has reflexionado mucho, y has leído muchos autores brillantes de segunda clase y ahora sabes a qué atenerte. Cuando te pregunto cómo puede existir el universo, si no existe Creador, entonces —si crees que vale la pena tu esfuerzo— nos das una maravillosa explicación científica: «En el principio estaba la niebla original. Esta se puso en movimiento. De este modo se produjo calor. Después...».

Un momento, tío, ¿de donde venía la niebla original? «Eso no lo sabe nadie. Según otra teoría, al principio hubo dos ondas, de las cuales una tenía carga eléctrica positiva y la otra carga negativa. Se cruzaron por casualidad y de este modo se produjo calor. Después...».

Un momento, tío, ¿de dónde venían las dos ondas y cómo es que estaban cargadas? «Eso no se sabe; todavía no».

Ahora empieza ya a ponerse un poco nervioso: «Lo mismo podría yo preguntarte a ti: ¿de dónde vino tu Dios?»

Naturalmente que puedes, pero no ahora. Ahora deseo conocer *tu* imagen del mundo.

«Como quieras, pero tenemos que admitir la preexistencia de determinadas tensiones en el universo».

¿Por qué? «¡No me interrumpas siempre! bueno...». Y aquí empieza su historia. Las tensiones conducen a explosiones

de naturaleza atómica. La mezcla casual de los átomos es la base de la existencia de elementos químicos. La mezcla casual de estos elementos lleva —naturalmente después de billones de años— a la aparición de la vida vegetal en los planetas suficientemente enfriados. La atmósfera terrestre, la radiación cósmica, cruzamientos, transformaciones, los primeros animales, evolución, animales mamíferos, animales humanos.

Querido tío, no te enfades conmigo, pero no puedo creerlo. En primer lugar, empiezas ya en la mitad y no al principio. No tienes explicación para* la existencia de la niebla original y la onda. Después, tu universo es puramente casual. No está basado en ninguna idea creadora. Todo es sólo causa y efecto, sin sentido ni objeto. Luego tampoco los efectos, o sea las consecuencias, tienen ningún sentido ni objeto. Es pura casualidad que exista la estatua de Atenea de Fidias, la Novena Sinfonía de Beethoven, las poesías de Goethe, la máquina de vapor y el teléfono. Si en el universo no existe ni sentido, ni objeto, entonces tampoco en una pequeña parte del universo, es decir en tu cabeza. Por tanto, todo lo que tú piensas y dices tampoco tiene sentido ni objeto. ¿Por qué pretendes entonces que lo acepte? De acuerdo con tu imagen del universo no puedo aceptarlo; pues para ello debería comprender su sentido. Sólo entonces podría *creerlo*. Pero para creerte a ti, para creer que toda la evolución que me has descrito ha sido puramente casual no soy lo bastante creyente. No hay ninguna religión que exija tanta credulidad.

Mi tío se enfadó mucho.

EL HOMBRE QUE NO EXISTE

Oímos hablar —y con cierta frecuencia— de alguien que no cree en nada. Pero este alguien no existe. Es imposible que

exista; pues si existiera, tampoco podría creer que no cree en nada. Sin embargo cree que no cree en nada. Eso —por lo menos— lo cree. En realidad cree muchísimo más. Cree que existe un país llamado Nueva Zelanda —sólo podría saberlo, si hubiese estado allí—. Es decir, que cree en su libro de geografía, en su atlas o a las personas que le han hablado de Nueva Zelanda. Cree que el tren de Zurich a Basilea sale a tal y tal hora. Es decir que cree en la guía de ferrocarriles. E incluso si hubiese estado tomando el tren a diario desde hace más de seis meses, tampoco sería suficiente motivo para que hoy volviera a salir a la misma hora. Cree que su mujer le es fiel. Cree que es el hijo del señor al que llamaba papá de niño —y de la señora a la que llamaba mamá—. ¡Es un saber que él no puede saber! Todo es pura cuestión de fe. También cree al maestro en la escuela. Incluso cree muy a menudo en cosas terriblemente inverosímiles; por ejemplo, que va a ganar a la lotería o que la Unión Soviética esta vez cumplirá su palabra. Sí, cree en una serie de cosas de las que *sabe* que no son ciertas: que el cielo está azul en un hermoso día de verano —a pesar de que esto es sólo una ilusión relacionada con la refracción de la luz—, que el sol sale en el este y se pone en el oeste, aunque ésta es también solo una ilusión originada por la rotación de la tierra. Vemos que cree en un montón de cosas. Sólo cuando se trata de Dios, entonces no cree en nada. Su propia existencia le parece natural y la del universo también. La religión está bien para las mujeres (que son débiles) y para los curas (que para eso les pagan). En realidad, generalmente las mujeres son todo menos débiles y los «curas» ganarían mucho más dinero en cualquier otra profesión. En realidad, el que afirma no creer en nada y cree tanto y en tantas cosas falsas, no sabe lo que es la fe. Que existen dos clases de fe: el conceder confianza a lo que se considera digno de ella, y la otra clase, que es de naturaleza sobrenatural y un don gratuito de Dios.

—¡Acabáramos! Entonces yo no tengo la culpa de no tener fe. A mí Dios no me ha dado la fe.

—¿Cuándo le ha pedido que se la dé?

LA TEORÍA DE LA REENCARNACIÓN

La doctrina de la «transmigración de las almas» tiene un gran papel en el budismo y en el hinduismo, y ha sido acogida con celo y entusiasmo por numerosas escuelas y sectas ocultas occidentales, sobre todo por la teosofía y sus ramificaciones.

No sólo la creencia que es compartida por varios cientos de millones de hombres, sino cualquier creencia sincera, debe ser tratada con respeto. Por eso no nos preocupamos de sus deformaciones, de los «fleclos que bordean la alfombra», como por ejemplo los vejetes de uno y otro sexo que nos susurran al oído, con aire misterioso, que en su encarnación anterior o en la tercera fueron mandarines chinos, caciques indios, sacerdotes egipcios o bailarines del templo babilónico, y otras estupideces parecidas.

Prescindamos también del hecho bastante asombroso de que hasta ahora, por lo que yo sé, nadie ha pretendido jamás haber sido en su vida anterior suizo, escandinavo, holandés o alemán. Dejemos también a un lado a los estafadores y olvidemos al lama tibetano auténtico que fue desenmascarado como auténtico fontanero inglés. La teoría en sí es interesante y, por lo menos a primera vista, bastante plausible. El hombre aspira a la perfección. No puede alcanzarla en una sola vida breve. Por eso debe nacer constantemente, hasta que después de una larga serie de vidas haya aprendido todo lo que hay que aprender, haya superado todos sus defectos y haya expiado todos sus pecados y crímenes. Sólo entonces podrá alcanzar «Samadhi» y entrar en lo divino. Lo plausible de ello es sobre

todo el factor de justicia: no existe ninguna mala acción por la que no haya que pagar, ninguna buena obra que no nos acerque más a la meta final. Pero ciertamente el factor de justicia encuentra también plena satisfacción en el cristianismo. El propio Cristo nos prometió justicia en el sermón de la montaña.

Es grave que, a pesar de todas las afirmaciones, falte todo material de prueba para la teoría de la transmigración. Las afirmaciones no son pruebas, y lo que nos presentan como supuesta prueba son experiencias, que muy bien pueden explicarse también de otra forma (sin que por ello tengan que ser necesariamente embustería o fraude). Por añadidura, esta teoría adolece de un concepto del universo estrictamente egocéntrico: todas las reencarnaciones suceden en el mismo planeta. El intento de incorporar esta doctrina al cristianismo está abocado al fracaso. La contradicción insuperable se halla en el hecho de que, de acuerdo con esta doctrina, el hombre se puede redimir a sí mismo (aunque tarde varios millones de años o más), o sea, que la obra redentora de Cristo sería innecesaria. Sin embargo, quien cree en Cristo *sabe* que sin Él nada puede hacerse, y encuentra además en el Nuevo Testamento la indicación más clara de que por Él se hace posible la Redención en una sola vida humana. El ladrón en la cruz seguramente no se hallaba en estado de perfección humana, y sin embargo Dios le habló desde la cruz: «... hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso».

LA ERA DE LOS ESPECIALISTAS

La famosa frase del gran Sócrates: «Sólo sé que no sé nada», era todo menos falsa humildad. Sabía que sabía muchísimo más que los demás. Precisamente por eso sabía también cuánto le quedaba por saber. Comprendía que toda su sabiduría era sólo una diminuta partícula de lo que había que

saber, mientras que la mayoría de sus sabios colegas eran unos «sabelotodo».

Hoy, veintitrés siglos más tarde, si bien continuamos no sabiendo «nada» en sentido socrático, sí sabemos lo suficiente para comprender que no existe ningún cerebro humano capaz de contener la suma de la sabiduría humana. Todavía en el siglo pasado, un hombre era capaz de dominar varios sectores de la ciencia. Hoy en día, ni siquiera uno sólo. Hay tantos investigadores trabajando y los resultados de sus investigaciones nos son transmitidos con tanta rapidez, que cada una de las ciencias ha de ser subdividida en gran número de subcategorías y lo que se obtiene son decisiones globales de todo un gremio de científicos. Vivimos en la era de los especialistas. Lo comprendemos enseguida, si observamos cómo se ha extinguido casi totalmente el tipo del «médico de cabecera». El hombre del dolor de tripas no es competente para el dolor de garganta. El hombre del dolor de cabeza no puede ayudarnos cuando tenemos una erupción. En la profesión de ingeniero la cosa es igualmente complicada.

En mecánica ya no podemos dar abasto. En América han llegado al punto de que para un tratamiento dental son necesarios tres odontólogos: uno que empasta y hace puentes, otro que extrae muelas y otro que limpia la dentadura.

La formación, el entrenamiento y sobre todo la experiencia profesional hacen que sepamos muchísimo de nuestra exclusivísima especialidad (suponiendo que seamos trabajadores y leamos a diario las revistas de la especialidad), que sepamos muy poco de los sectores relacionados, y prácticamente nada de todo lo demás; pero no en el sentido socrático, sino en el real.

Lo que nos falta —y cada vez nos faltará más— son los cerebros «universales», que sepan lo suficiente de todo para poder coordinar esos ejércitos de especialistas, y que se ocupen

de que cada rama profesional no haga derivar su propia cosmovisión de su actividad. La mayoría de las profesiones son de tipo mecánico. Dios nos libre del paraíso de los técnicos y de su apoteosis: el supercerebro electrónico como guía de la humanidad...

EL ESPÍRITU DE LA ÉPOCA

Es éste en muchos aspectos un tipo muy curioso. Tiene en común con el espíritu del vino y del amoníaco que se volatiliza muy rápidamente sin dejar ninguna huella. Pero mientras vive, afirma siempre tener razón, característica ésta que rápidamente se transmite a todo aquel que queda captado por él; casi me atrevería a decir que poseído por él.

El hombre poseído por el espíritu de la época es supermoderno. Acepta con gran entusiasmo las obras de arte de determinadas escuelas, ofrece explicaciones inspiradísimas para el hecho de que la «Mujer con flor» tenga los dos ojos al mismo lado dé la nariz, y por qué los cuadros de un chimpancé ligeramente neurótico merecen ser preferidos a las antiguallas de un Rembrandt o un Tintoretto. No le molesta en absoluto que su cuadro favorito podría haber sido pintado fácilmente por un chaval de seis años, todo lo contrario, lo considera una alabanza objetiva. También en literatura se entusiasma por los productos de escritores de siete años, y un autor de más de quince años sólo tiene interés si escribe con suficiente indecencia. Los autores mayores de veintitrés años son demasiado rancios y tradicionalistas para resultar interesantes. Constituyen una excepción —por lo menos en algunos países— los primeros cuatro o cinco libros de la lista de «bestseller». La base de su filosofía es: «Hay que marchar con el tiempo», y sentimos la tentación de respirar con alivio, pensando que efectivamente se marchará con el tiempo para no volver nunca más.

En política generalmente está más o menos ligado a la izquierda, y como por la lógica no siente más que desprecio (suponiendo que tenga conocimiento de que ésta existe), ignora que el caminar con perseverancia en la misma dirección le devolverá más pronto o más tarde a su punto de partida y, por el contrario, considera que su caminar en círculo es progreso.

El progreso es su ideal, y así continúa progresando cada vez más, alejándose de todo lo experimentado, estable y verdadero. Entiende tan poco del futuro como del pasado. Vive en un presente inclinado en constante desliz por el que se mueve como un mono domesticado sobre una gran pelota de goma. Pero por muy grave que parezca este cuadro clínico, estos pacientes tienen curación en la mayoría de los casos. Es asombrosa la paciencia de Dios. ¡Gracias a Dios!

«¿COMO TE RELACIONAS CON LA RELIGIÓN?»

Fausto, Parte I

«Déjeme en paz con la religión. Yo soy una persona decente. No mato, no robo, he ayudado a bastante gente. Creo ser mejor cristiano que muchas de esas personas que se postran de rodillas todos los domingos ante su Dios».

Lo primero que nos llama la atención en este tipo de personas, por cierto bastante numerosas, es que están muy satisfechas de sí mismas. Este hombre cumple. Nadie puede decir nada malo de él. Encontramos este tipo de hombre con bastante frecuencia en el Nuevo Testamento. Pero los fariseos además cumplían, por lo menos exteriormente, los preceptos de su religión.

Nuestro hombre no necesita religión. Lo único que importa es comportarse «decentemente». Pero además se llama a sí mismo cristiano, incluso mejor cristiano que muchos

practicantes. Al parece considera la definición de cristiano como una especie de título honorífico, al que tienen derecho las personas decentes. Naturalmente no tiene ninguna posibilidad de compararse con los que se «postran de rodillas». Todo lo más, conoce a un par de ellos, como por ejemplo al señor Z, del que sabe que es un tacaño, y a la señora A1, de la que sabe que le gusta chismorrear mucho y algunas veces bebe demasiado.

Por cierto, que la voz firme de convencido ha traído a colación exactamente los pecados que él no ha cometido, pero no los que desgraciadamente comete él mismo con frecuencia. No ha matado. ¿Por qué habría de hacerlo? No tiene ningún motivo y por tanto ninguna tentación para hacerlo. No ha robado. ¿Para qué, si tiene ingresos más que suficientes? ¿Cómo puede saber lo que haría si estuviese en la miseria, en la auténtica miseria, y se le presentase una ocasión de apropiarse las cinco mil pesetas que necesita tan desesperadamente? ¿Qué sabe del señor B, que realmente ha robado? ¿De su carácter, de su educación y sus circunstancias internas y externas? Es imposible saber lo que él habría hecho en las condiciones de B. Sólo Dios lo sabe.

Si, como asegura, fuera cristiano, sabría que él mismo es el peor hombre que conoce, pues sólo se conoce a sí mismo. Si fuera cristiano, sabría que lo primordial es su relación con Dios, y sólo en segundo lugar su relación con el prójimo: Primero Dios y luego todo lo demás.

Sin embargo, quien cumple el primero de los grandes mandamientos —amar a Dios—, tiene que cumplir también el segundo, el mandamiento de amar al prójimo. Es el mandamiento de Dios, ¿cómo podría negarle nada a su amado? Sólo así es posible amar al prójimo, aunque no nos parezca nada merecedor de nuestro amor. Amar a personas simpáticas y encantadoras no tiene ningún mérito, eso también lo sabe hacer el pagano.

Pero el amar a Dios es... religión. La palabra viene de «religare», volver a conectar, volver a ligar. Establecer de nuevo la relación, interrumpida, con Dios, por amor a Dios.

¿POR QUÉ PRECISAMENTE CRISTIANISMO?

¿Por qué no budismo? ¿Por qué no mahometismo o cualquier otra religión? ¿Acaso se puede afirmar seriamente que una religión es mejor que otra? ¿Y no se trata en definitiva de una cuestión meramente geográfica?

Si yo hubiese nacido en La Meca, Mascát, Sidi Bel Abbes o Suez, sería mahometano. Si hubiese nacido en Kioto o Nagasaki sería o bien sintoísta o un budista-zen, y si en Calcuta o Madras probablemente hindú. Y si hubiese nacido en África Central entre los pigmeos, creería en los dioses de los pigmeos. ¡Sin ninguna duda! Y si hubiese nacido tras el telón de acero, digamos en Stalino o Irkutsk, sería probablemente ateo, porque habría sido educado como tal.

¿Puede decirse por eso que el ateísmo es una religión tan buena como la cristiana? Empezamos pues ya a cualificar, a comparar, y eso está bien. Pongámonos de acuerdo en que existen religiones «más elevadas» y «más inferiores». El Islam es una religión más elevada que la creencia en el dios serpiente. El budismo está muy por encima de la creencia en el dios satánico de los indígenas australianos. Existe, pues, una serie de religiones muy elevadas. No nos basta el accidente casual geográfico de nuestro nacimiento. ¿Por cuál de ellas nos decidiremos? La base de nuestra decisión está clara: será la verdad que contenga. Pero para comprobar la verdad que contiene cada una de las religiones necesitaríamos toda una vida. ¿No habrá otro medio más rápido, pero seguro? Afortunadamente existe. Hay una sola religión cuyo fundador se ha llamado a sí mismo Dios. Ni Mahoma, ni Buda, ni Moisés

ni Zoroastro, ni Confucio ni Laotsé pretendieron ser dioses. Sólo Cristo reivindicó este título («Yo y el Padre somos Uno». «Quien me ha visto a Mí, ha visto al Padre», y muchos otros pasajes). Esto simplifica nuestra búsqueda. Ahora ya sólo se trata de aclarar una cosa. ¿Está o no está justificada esta pretensión increíble? Si no lo está, entonces no sólo podemos, sino que incluso debemos rechazar el cristianismo; pues si un hombre afirma que es Dios y *no lo es*, no puedo seguirle. Pero si su afirmación demuestra ser verdadera, si el hombre Jesucristo era Dios, entonces cada una de sus palabras es ley; ser cristiano es una necesidad absoluta, y ninguna otra religión más que el cristianismo puede ser tenida en cuenta.

¿CRISTO ERA DIOS?

Cuando oímos decir a un hombre que es Dios, tenemos enseguida cinco posibilidades de reacción: Primera, ese hombre está loco; segunda, es un criminal, que pretende abusar de la credulidad de otros; tercera, se asegura que lo ha afirmado, pero en realidad no lo ha hecho; cuarta, lo ha dicho, pero no quería decir eso exactamente, y quinta y última, «lo es verdaderamente».

Se trata, pues, exclusivamente de saber cuál de estas cinco posibilidades es la que tenemos en este caso. Y hemos de reconocer que, a priori, la última posibilidad es la más inverosímil de todas. Aquí, sin embargo, no se puede tratar de verosimilitud o inverosimilitud, sino de la máxima certidumbre posible. ¿Un loco? Sería el tipo de megalómano, del maníaco de grandezas. Es un tipo clínico muy conocido. Pero cualquier psiquiatra, que estudie la personalidad de Cristo, tendrá que reconocer que aquí encontramos algo así como lo opuesto al tipo de megalómano.

Un megalómano no es humilde. No guarda silencio acerca de su idea fija, sino que habla de ella constantemente. Sólo

después de tres años de convivencia constante pregunta Cristo a sus apóstoles quién creen que es Él, y cuando Pedro el impulsivo exclama: «Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo», se lo confirma. Además, pensar que toda la sabiduría que nos ha revelado es el pensamiento de un demente, es un insulto a la inteligencia humana.

¿Un criminal? Quien pretende hacer creer a los demás que es Dios o un dios, pretende o poder o riqueza. Nadie ha podido afirmar jamás que Cristo hubiese buscado la riqueza. Poder, sí, el título de rey se lo ofrecieron varias veces. Lo rechazó. ¿Pero es que no dijo nunca que era Dios? ¿Quizás los textos que se refieren a ello son apócrifos? No sólo falta toda prueba para esta suposición, sino que sabemos que fue condenado por el sanedrín precisamente por eso, porque se «atribuyó» ser Dios. Tuvo todas las oportunidades para desmentirlo, para rectificar. Habría salvado Su Vida, si hubiese rectificado. En lugar de eso, lo confirmó expresamente: primero ante Caifás y después ante Pilato.

Con esto queda ya eliminada la cuarta posibilidad de que «en realidad no quiso decir eso exactamente». Precisamente en este caso habría rectificado sin ninguna duda. A esto hay que añadir que era judío y hablaba a judíos. Y un judío no podía hablar como por ejemplo hoy algunos sectarios de «lo divino en el yo». Dios y el hombre eran conceptos claramente separados y el solo nombre de Dios era tan sagrado, que nadie podía pronunciarlo.

Las cuatro primeras posibilidades son imposibles. Por tanto, sólo nos queda la última: que Cristo era lo que decía: Dios.

¡MI QUERIDO AGNÓSTICO!

Muchas veces me he preguntado si usted seguiría llamándose a sí mismo agnóstico, si supiera que esa palabra no quiere decir otra cosa que «ignorante». Quizás... con una discreta alusión al sabio Sócrates, que también declaró que sabía que no sabía nada. Pero muchos de vosotros se llaman a sí mismos agnósticos sin haber oído jamás hablar de Sócrates. La fórmula básica de vuestro pensamiento viene a ser así: «No tengo suficientes pruebas ni de que existe Dios, ni de que no existe. Por tanto no puedo declararme ni creyente, ni ateo».

Esto estaría muy bien si usted no se conformara con ello. Pero eso es precisamente lo que hace la mayoría de ustedes. Y no correrían ustedes ese riesgo en ninguna otra actividad humana. Si el señor A le asegurara que a una hora de distancia de ferrocarril alguien esperaba su visita para entregarle quinientas mil pesetas y el señor B le dijera que eso no puede ser verdad, ¿se quedaría usted tan tranquilo sin hacer nada (siempre en el supuesto de que tanto el señor A como el señor B sean personas igualmente dignas de confianza)? ¿No intentaría usted por lo menos informarse? No deja uno de lado sin más quinientas mil pesetas. Pero a Dios sí se le deja de lado.

Del ateo que está honradamente convencido de que no hay Dios, no puede esperarse que continúe buscando. Pero el agnóstico no se lo puede permitir. Mientras admita que quizás sí pudiera existir Dios, *tendrá* que buscar. Si no lo hace, si permanece en su ignorancia con un encogimiento de hombros, no hará más que demostrar su total indiferencia por el problema. No es ni «ardiente» como el creyente, ni «frío» como el ateo: es tibio; y de los tibios dice el Espíritu Santo, en el Apocalipsis, la espantosa frase de que «Dios los vomitará de su boca».

Y la búsqueda deberá ser honrada. No sirve «convencerse» de la no existencia de Dios, dejándose servir un

par de slogans más o menos plausibles. ¡Quien busca honradamente, halla!

Ser agnóstico puede aceptarse. Pero continuar siéndolo..., eso sólo puede llevar a la perdición.

¿QUÉ OBJETO TIENE SU VIDA?

¡Qué pregunta tan simple? Hasta un niño podría contestarla. Yo se la he planteado a una serie de personas inteligentes y cultas. Naturalmente por separado.

Un profesor de universidad contestó (tomé notas con el mayor cuidado): «Oiga, escuche, eso... es algo... ¿se refiere a mi vida en especial? Pues bueno... «eh» (de repente como liberado) en primer lugar soy médico y como tal estoy interesado sobre todo en mi tarea de investigación, desde hace años trato de...»

«Disculpe, señor profesor, pero no le había preguntado qué cosas son las que le interesan, sino por el objeto de su vida. Con todos los respetos para su labor de investigación, pero no creo que pueda ser el objetivo total».

El profesor (sonriendo con aire de suficiencia): «¡Ah eso...!, disculpe usted, pero no tengo tiempo para sutilezas metafísicas».

Un jurista de muy elevada posición contestó a la misma pregunta: «¿El objeto de mi vida? Tengo que decir que nunca he pensado demasiado en ello. Uno tiene que cumplir con su deber».

«¿Por qué?».

«Es lo que hay que hacer. A dónde iríamos a parar, si todos...» etcétera.

Un psicólogo: «El objeto de la vida humana está en la superación o mejor en la sublimación del subconsciente y la integración de la propia personalidad».

Un filósofo: «¿El objeto? No debemos ser tan utilitarios. La pregunta de si la vida tiene algún objeto o no, será o no será siempre un misterio. Pero tenemos que vivir como si lo tuviera, y naturalmente este objeto es totalmente individual».

Un político: «La eliminación de las tensiones».

«¿Y una vez eliminadas?».

El político (sonriendo con aire de superioridad): «Siempre habrá nuevas tensiones».

Otro político: «El establecimiento de la sociedad sin clases».

«¿Y luego?».

«Luego... luego ya veremos».

Un ingeniero: «Esta es la era de la técnica. Superada la gravitación...» etcétera.

Cansado de las soluciones parciales y las predilecciones personales, pregunté a un niño: «¿Para qué vives?» Me contestó: «Para servir y amar a Dios».

¡Una pregunta tan fácil! Sólo un niño fue capaz de contestarla.

CEREBROS DE SEGUNDA CLASE

Un cerebro de segunda clase es un cerebro bastante digno de consideración, es incluso un cerebro sobresaliente y con frecuencia brillante. El único motivo por el que no se le puede considerar de primera clase es que existen cerebros infinitamente mejores, tan mejores que no se los puede clasificar en la misma categoría.

Por ejemplo, George Bernhard Shaw es un cerebro brillante de segunda clase. Si quisiéramos clasificarlo en primera clase, entraría en la misma categoría que Sófocles, Shakespeare y Goethe y eso es una gran estupidez. Heráclito,

Locke, Hume y Feuerbach no estaban en la misma clase que Platón, Aristóteles o Tomás de Aquino. Nosotros, que estamos en el valle, no siempre podemos reconocer claramente las alturas de esas cumbres del pensamiento humano.

Todas son personalidades guías del espíritu. Pero ya la palabra «guía» (Führer) nos recuerda lo mucho que depende de adonde nos guíen... Y precisamente aquí es donde los cerebros brillantes de segunda han causado muchísimo daño.

La primera pregunta que tenemos que plantearnos es: ¿Vivió ese hombre de acuerdo con sus propios preceptos y qué tal le fue? Después ¿Ha evolucionado su personalidad hacia un todo armónico? Y para esto lo primero es que haya sido capaz de superar el propio Yo. En uno de sus libros («The Polical Whafs What») escribe Shaw, que el motivo por el cual no podía creer en una inmortalidad personal, era que la idea de que «Shaw contemplara a Shaw eternamente» le resultaba espantosamente aburrida. Tiene razón, eso sería sin duda aburridísimo. Lo que no comprende es que en su concepto del más allá es Shaw el centro de todas las cosas... y no Dios.

El gran egocéntrico no pudo siquiera desprenderse de su Yo en su imagen del más allá, continuó viéndose como el centro de todas las cosas y de todos los acontecimientos. Pero suponiendo que sólo hubiese querido ser irónico (y en el caso de Shaw es difícil saberlo con seguridad, ni siquiera el propio Shaw), entonces su frase sería una prueba flagrante de irresponsabilidad total, como sucede con frecuencia entre los brillantes segundones, precisamente porque no han sido capaces de superar el propio Yo. En contraposición con muchos de ellos, los cerebros de primera clase fueron siempre creyentes.

COMPRENDER TODO SIGNIFICA PERDONARLO TODO

Esta es la frase favorita de la tía Adelaida y por eso es también una señora cariñosa y bondadosa. Se indignó mucho cuando le dije que yo no podía aceptarla.

—Es el refrán más cristiano que existe —protestó—. ¿Acaso el Señor no nos ha mandado que perdonemos a nuestro hermano no siete veces, sino setenta veces siete, es decir, constantemente? ¿Y no perdonó el Señor mismo a los que le clavaron en la cruz?

—Exacto. Pero del perdón a nuestro hermano dice expresamente, «si él se arrepiente». Y cuando le clavaron en la cruz, pidió perdón por sus torturadores, «porque no saben lo que hacen».

En el primer caso existe arrepentimiento, en el segundo ignorancia. Y estas son indudablemente circunstancias atenuantes. Un hombre que cometió un crimen terrible, que sabía muy bien lo que hacía y sin embargo no se arrepiente, no puede encontrar perdón. De otro modo tendríamos desde un principio carta blanca para todos los crímenes. Dios perdona en cualquier caso.

Pero Dios no sólo es misericordioso, sino también justo. Precisamente porque lo comprende todo, no puede perdonarlo todo sin más. Y existen cosas imperdonables.

—El amor perdona siempre.

—No el verdadero amor, sino el amor ciego de algunos padres que jamás castigan a sus hijos, aunque hayan cometido la crueldad o la felonía más vil; la sensiblería de personas, que proyectan su propia naturaleza bondadosa en el mismo demonio con figura de hombre: once robos con homicidio ha cometido el hombre, pero si se habla bien a su conciencia, seguramente ya no atacará la vez número doce, sería poco caritativo hacer que el pobre hombre se pudra en la cárcel. Entreguemos nuestras

armas, entonces el enemigo seguramente no nos atacará. No; el cristianismo no es una doctrina debilucha, sentimental, que todo lo dulcifica y minimiza. Es una religión de lucha. Hay que luchar contra todo el mal. Arrepentios honradamente, entonces estaremos dispuestos a perdonar, pues quien se arrepiente deja de ser malo. Pero como regla general fija, no puedo aceptar tu refrán. Y Dios también lo hace.

La tía Adelaida no me lo ha perdonado jamás.

LOS ESTETAS

Han recibido una educación de primerísima clase. Han leído todo lo que vale la pena leer y son capaces de citar textos con elegancia y placer. Ya no son lo suficientemente jóvenes para entusiasmarse por lo revolucionario, esto les va sucediendo en proporción directa con el aumento de la cuenta bancaria.

En realidad ya no les resulta fácil entusiasmarse por nada, como no sea, por ejemplo, por la porcelana Tang, los libros incunables, Toulouse-Lautrec y poemas japoneses escritos en papel de arroz. Tienen la fina sonrisa condescendiente del hombre de mundo para los que se han decidido por una ideología, ¡qué absurdo dejarse atrapar por un «ismo»!, con ello lo único que se consigue es limitarse y perder la objetividad. Permanecer siempre al margen y observar con más o menos benevolencia, despegados distinguidamente de la vida.

Es conmovedor ver cómo esta clase de gente se cree obligada a mantener una determinada postura; la de estar *por encima* de cualquier cuestión, o al menos a considerarla con displicencia; porque ¿cómo podrían de otro modo despreciarla? Nada importa lo que dice un escritor, lo que importa es *cómo* lo dice. En política están naturalmente al día, leen los divertidos artículos de *Y* (delicioso lo que acaba de decir del político de

turno); y por lo que se refiere a la filosofía, el pobre Sartre hace tiempo que ha quedado atrás, ¿no ha leído usted a Arístides Hydrokephalos?

No leen la Biblia, pero sí están al corriente de las últimas investigaciones sobre los manuscritos del Mar Muerto. Para ellos los frailes y las monjas son restos románticos de una época de gran altura artística, sería una pena que desaparecieran (¿qué harán esas buenas gentes todo el día? ¿no se puede estar rezando todo el tiempo!). No saben, pero están informados, juguetean con el budismo y citan, de acuerdo con su estado de ánimo, a Marcel Proust o a Marco Aurelio. No tienen conocimientos, pero lo picotean todo. No son capaces de detenerse a considerar las cosas, sólo saben mariposear por encima de todas. No tienen ningún contenido, pero ofrecen una buena fachada. Son una especie de espejismo humano, irreal y difuso, pasan por la vida gorjeando y jugueteando y no tienen ni idea de lo increíblemente aburridos que son.

El pronóstico para este tipo de gente no es muy bueno. Generalmente sólo una catástrofe será capaz de curarlos.

ÍNDICE

ADÁN, EVA Y EL MONO

¿TIENE USTED ALMA?

CONTINUAR VIVIENDO DESPUÉS DE LA MUERTE

¿ES USTED PAGANO

LA ENTREGA AL DIOS NEBULOSO

EL ANCIANO DE LA BARBA

EL DIOS QUE NO PUEDE NEGAR NADA

DICTADORES

¿EXISTEN MILAGROS?

EL PRIMER COMUNISTA

EL MILAGRO DE LOS MILAGROS

EL ABURRIDO CIELO

EL INFIERNO ESTA CERRADO POR DENTRO

LA HORRIBLE PALABRA DOGMA

EL ASUNTO DE LA MANZANA

¿QUIEN CREE TODAVÍA EN EL DEMONIO?

EL PLANETA ENVENENADO

LA FALTA DE POPULARIDAD DEL PECADO

ORIGINAL

LA EDAD DE ORO

LA HERENCIA PERDIDA

EL SI MAS GRANDE

MÍSTICA Y FRAUDE

¿PARA QUE TANTOS REZOS

EL BIEN Y EL MAL

PREFIERO PASEAR POR EL BOSQUE

LA LIBRE VOLUNTAD

EL ANTIDOTO

¿TIENE USTED CONCIENCIA?

SUFRIMIENTO Y DOLOR
EL SUICIDIO
CRISTIANO Y JUDIO
¿POR QUE A EL LE VA MEJOR QUE A MI?
LOS NOVENTA Y NUEVE JUSTOS
MI HIJO HA MUERTO
CONTRA LA TOLERANCIA
BUSCADORES DE PROSÉLITOS
EL CIENTÍFICO
¡MI QUERIDO TÍO ATEO!
EL HOMBRE QUE NO EXISTIÓ
LA TEORÍA DE LA REENCARNACIÓN
LA ERA DE LOS ESPECIALISTAS
EL ESPÍRITU DE LA ÉPOCA
«¿COMO TE RELACIONAS CON LA RELIGIÓN?»
¿POR QUE PRECISAMENTE CRISTIANISMO?
¿CRISTO ERA DIOS?
¡MI QUERIDO AGNÓSTICO!
¿QUE OBJETO TIENE SU VIDA?
CEREBROS DE SEGUNDA CLASE
COMPRENDER TODO SIGNIFICA PERDONARLO
TODO
LOS ESTETAS